




la cultura material

oscar lewis

de los pobres

Todos reconocemos la pobreza cuando la vemos, pero pocos sabemos qué es exactamente. Por lo general, la pobreza se define en términos de ingresos, mas esta definición no es del todo adecuada. Pobreza significa incapacidad para satisfacer las apetencias o necesidades materiales (como quiera que se definan culturalmente); pero todos los pobres poseen al menos algunos bienes materiales y se me ocurrió que podría ser interesante y útil a la vez examinar tales posesiones con la esperanza de llegar a nuevos discernimientos de la naturaleza de la pobreza y la vida de los pobres.

Tal examen sugiere preguntas importantes, en gran parte ignoradas por los sociólogos, acerca de la cultura material del pobre. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo conservan los pobres sus pertenencias? ¿Cuánto movimiento de posesiones hay? ¿Qué proporción de bienes materiales compran nuevo o de uso? ¿Qué parte reciben como regalos, a diferencia de lo que compran? (No menciono a este respecto el sistema de Bienestar Social, porque no lo había para los barrios pobres de la Ciudad de México cuando yo los estudié.) Los bienes materiales que se encuentran en las viviendas de la gente pobre, ¿proceden de los mercados y tiendas cercanos, de vendedores ambulantes o de sus propias colonias de indigentes? ¿Qué tratos monetarios están envueltos? ¿Cuánto gastan los pobres en diferentes categorías de objetos? ¿Qué por ciento de sus ingresos se invierte en muebles, ropa, objetos religiosos, lujos y medicinas?

Las respuestas que se obtengan para tales preguntas pueden decirnos mucho acerca del modo de vivir de una persona, tanto material como socialmente.

160 Aquí intento contestar alguna de esas preguntas respecto de catorce familias residentes en una de las más pobres vecindades o solares de la Ciudad de México.

En muchos aspectos, este intento se asemeja al estudio de las civilizaciones del pasado a través de sus vestigios materiales. El estudio de los restos de cacharros, por ejemplo, permite al arqueólogo hacer algunas inferencias acerca de las formas del comercio, el origen y dirección de las influencias culturales, el nivel económico, las formas de vivienda, los logros artísticos y el grado de estratificación social. De igual modo, el análisis de las posesiones materiales de una comunidad contemporánea debería decirnos cuantitativamente acerca de su vida mucho de lo que no se observa o no puede verificarse en un estudio etnográfico común, y tendríamos la importante ventaja sobre la arqueología tradicional de poder interrogar directamente a las personas acerca de sus posesiones, catalogando sistemáticamente cada uno de los objetos en poder de los individuos o familias y comparando luego los inventarios, se pueden analizar los hábitos de compra, demarcar las zonas de interacción económica, delimitar un área ecológica, inferir períodos de crisis, rastrear la donación de obsequios y su relación con la estructura social y aprender algo acerca de los valores del grupo. Una pregunta acerca de una vasija de barro podría llevarnos a comprender las razones por las que los «compadres» acostumbran a hacerse regalos, mientras que los restos de la misma taza, desenterrados por un arqueólogo, producirán probablemente poca o ninguna información referente a tales prácticas sociales específicas. En ambos casos, sin embargo, el análisis cuantitativo nos permite hacer generalizaciones importantes acerca de la sociedad.

La arqueología de los vivos nos permite además hacer distinciones entre lo que se ha llamado cultura «real» e «ideal». Por ejemplo, los informantes pueden decirle a un investigador que los padrinos obsequian siempre a sus ahijados el Día de Reyes. Pero si los inventarios revelan que sólo unos pocos niños, en realidad, recibieron regalos de sus padrinos, podremos hacer en cuanto a este punto una declaración categórica. Podemos ver, además, cuáles padrinos hacen regalos a sus ahijados cada cierto tiempo y obtener, quizás, de tal suma de datos algunos hechos salientes acerca de la organización social.

Los inventarios que utilicé incluyen la siguiente información acerca de cada objeto poseído por las diversas familias, desde cucharitas hasta televisores: número de cada artículo, descripción y estado, período de tiempo en su poder; costo; método de compra (a plazos o al contado); si el ar-

título era nuevo o de uso al momento de comprarlo; dónde fue comprado (específicamente); quién lo compró; si fue un obsequio, cuándo lo recibieron, de quién y con qué motivo, si era nuevo o de uso y valor aproximado; si fue hecho en la casa, quién y cuándo lo hizo y valor del objeto; costo de reemplazo del artículo; valor actual aproximado del mismo; si el artículo fue empeñado alguna vez y, de ser así, cuándo, dónde, por quién, por cuánto lo empeñó y por cuánto lo desempeñó.

A los fines del análisis, los objetos se dividieron en trece categorías, como sigue: muebles y accesorios, incluyendo radios y televisores; utensilios domésticos, como trapeadores y escobas, pero incluyendo también máquinas de coser; enseres de cocina, incluyendo fogones; objetos religiosos, consistentes en su mayoría en cuadros de santos; adornos del hogar, como jarrones y flores artificiales, pero incluyendo también instantánea fotográficas y retratos; ropa de cama; ropa personal; herramientas y materiales para trabajos domésticos; animales; plantas; joyas; juguetes, incluyendo bicicletas; y medicamentos.

Toda clasificación presenta dificultades y los inventarios de las casas de familia no constituyeron excepción. Por ejemplo, una silla es, evidentemente, un mueble, y un tenedor una pieza del equipo de la cocina, ¿pero qué decir de un reloj? La decisión, en este caso, debe ser arbitraria; pero como dos relojes de la vecindad eran piezas grandes, decorativas y caras que colgaban en una pared de la sala, los incluí en la categoría de los muebles. Los relojes pequeños, más baratos, se incluyeron en la de útiles del hogar. En cuanto a los aparatos de televisión y radio, como las familias mismas los consideraban piezas importantes de su «mobiliario», ahí los situé. Las máquinas de coser las incluí en utensilios domésticos.

La clasificación de las bicicletas fue otro problema. Pueden ser juguetes o no, dependiendo del uso que se les dé. Desempeñaban más de una función en la vecindad, y de haber habido automóviles en las familias, alguna categoría de transporte que incluyera a las bicicletas habría estado justificada. Pero como no había automóviles, una clase para las bicicletas solas habría sido irrazonable, por lo cual catalogué las escasas bicicletas entre los juguetes.

Hasta el idioma creaba algunos problemas en cuanto a la clasificación. En español, la expresión «ropa de casa» incluye: las cortinas y colgaduras, ropa de cama (sábanas y fundas de almohadas), (colchas, sobrecamas, sarapes). Careciendo el inglés de una equivalente igualmente amplio, escogí el término *bedclothes* para denotar toda la clase.

Las viviendas de la vecindad de Panaderos, de apariencia exterior uniforme, no presentaban al transeúnte casual importantes diferencias económicas entre

162 las familias. Era una vecindad pequeña y una de las más pobres de Ciudad de México: sólo una hilera de catorce apartamentos minúsculos de una sola habitación, sin ventanas, que albergaban a ochenta y tres personas. Estos apartamentos, contruidos de ladrillos de adobe, estaban cubiertos por un techo común de cemento y formaban una sola estructura angosta a la izquierda del solar. Cada uno tenía un portalito de techo bajo que, además de servir de entrada, hacía las veces de cocina. El techo de estos portales consistía en pedazos de cartón, hojalata y metal corrugado puestos como quiera y mantenidos en su lugar por medio de piedras pesadas. Sobre tales techos se amontonaba leña a la que se cubría con sacos viejos y pedazos de cartón. Las puertas de acceso a los apartamentos eran tan bajas que uno tenía que agacharse para entrar. Enfrente de algunas de ellas, los inquilinos habían contruido colgadizos o aleros improvisados para proporcionarse un lugar seco y sombreado en que trabajar.

Una vereda de piedras lisas sin labrar, puestas por los inquilinos enfrente de sus apartamentos, llevaba a la calle y ayudaba a evitar el lodo. Sobre la vereda se ponían a secar al sol bateas, cubos, banquitos, orinales y otros objetos. Desordenados montones de materiales —hojalata, atados de láminas de acero desechadas, alambre, clavos y herramientas— cubrían el espacio disponible bajo los cobertizos. Plantas en macetas y latas de todo tipo, tamaño y forma colgaban de las paredes exteriores u ocupaban mesas desvencijadas. Algunas familias tenían jaulas de madera para pájaros colgadas de clavos fuera de sus puertas; un vecino criaba palomas, otro gallinas y casi todos tenían un perro o un gato. Gustaban de los animales, y además los necesitaban como protección contra ratas y ladrones.

Hacia el fondo del solar, un lavadero de cemento servía a las mujeres para fregar la loza, lavar ropa y bañar los niños. Dos gastadas letrinas de adobe ruinoso, con cortinas de pedazos de lona, eran utilizadas por todos los vecinos. El solar abundaba en piedras y estaba entrecruzado de tendederas sostenidas por pértigas ahorquilladas. Aquí y allá, un hoyo abierto por los niños o una inesperada boca de albañal, tapada por una piedra, impedían caminar por allí sin riesgo. Durante el día, el lugar se llenaba de niños andrajosos y mal calzados o descalzos, que jugaban a las bolas o corrían entre las tendederas sin hacer caso de los gritos de advertencia de las mujeres. Bebido incapaces de andar y aún no enseñados a controlar sus necesidades, se sentaban en el suelo o se arrastraban por él, con frecuencia semidesnudos, mientras sus madres los observaban desde donde trajinaban.

Las catorce familias¹ poseían un total de \$Méx. 59 119.35 en bienes materiales, lo que da un promedio de \$Méx. 4 222.81 por familia.² Esta última cifra, sin embargo, es engañosa, porque la distribución de la riqueza era muy desigual. El valor total de los bienes variaba entre las familias de \$119.26 a \$936.78. La mediana era de \$318.42. Doce de las catorce casas poseían menos de \$480.00 en bienes materiales.

La mayor parte del dinero de los vecinos estaba invertido en muebles y ropa. (Véase tabla No. 1). Un tercio de todos los desembolsos era para muebles y más de un cuarto para ropa. Juntas, las dos categorías representaban el 60.8 por ciento del desembolso total y sumaban \$2 502.38. La mayoría de los artículos de ambas categorías se habían comprado nuevos; pero el 34.8 por ciento de los muebles era de segunda mano y el 12.7 por ciento de la ropa se había comprado de uso. Casi todos los bienes de segunda mano eran de las familias más pobres.

TABLA No. 1

**VALOR DE COMPRA (EN PESOS MEXICANOS Y DOLARES U.S.A.)
Y ORDEN JERARQUICO DE LOS BIENES MATERIALES DE 14
FAMILIAS DE UNA VECINDAD DE CIUDAD DE MEXICO, 1959**

Rango	Categoría	CANTIDAD		Por ciento del total
		Pesos Mex.	Dólares USA	
1	Muebles	17 187.75	1 375.02	33.4
2	Ropa personal	14 092.00	1 127.36	27.4
3	Herramientas	4 089.05	327.12	7.9
4	Utensilios domésticos	3 678.10	294.25	7.1
5	Ropa de cama	3 488.90	279.11	6.8
6	Enseres de cocina	2 879.45	230.36	5.6
7	Atavío personal	1 578.95	126.32	3.1
8	Juguetes	1 520.20	121.62	3.0
9	Objetos religiosos	1 348.85	107.91	2.6
10	Adornos del hogar	1 155.25	92.42	2.2
11	Animales	199.30	15.94	0.4
12	Plantas	127.50	10.20	0.3
13	Medicamentos	97.05	7.76	0.2
Total		51 442.35	4 115.39	100.0

¹ Cada una de las catorce familias fue entrevistada durante el período de 1957 a 1960. Aunque recogí datos acerca de todos los aspectos de la vida de estas familias, en este estudio me he limitado al análisis de su cultura material.

² El tipo de cambio era de 12.50 pesos mexicanos por dólar U.S.A. Así, pues, el valor total de los bienes de los 14 inquilinos era de unos 4 729.55 dólares. Promedio por familia, \$337.82. En lo adelante expresaré los valores en dólares de los Estados Unidos.

TABLA No. 2

PROCEDENCIA DE LOS BIENES MATERIALES DE 14 FAMILIAS
DE UNA VECINDAD DE LA CIUDAD DE MEXICO, 1959

LOCALIDADES	H O G A R E S													
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14
<i>Vecindad y Colonia Morelos</i>														
Vecindad	—	10	17	10	8	9	38	8	24	53	30	6	5	27
Tienda	1	—	3	—	4	2	—	—	—	—	—	6	—	—
Vendedor ambulante	—	—	4	17	16	14	—	—	—	—	—	8	1	—
Tepito	27	5	33	18	33	43	30	10	38	12	38	24	48	89
Morelos	—	—	39	1	2	4	—	—	4	—	—	15	23	19
Aztecas	—	—	3	—	11	—	—	—	—	—	—	—	—	—
E. Carranza	—	—	2	10	2	—	—	—	10	—	—	—	—	—
Michoacán	—	—	5	8	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Rastro	—	—	1	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Fierro Viejo	—	—	—	—	4	—	—	—	7	—	—	—	—	—
Calles Colonias	9	3	17	4	13	5	22	6	23	1	11	7	9	46
<i>Colonias Cercanas</i>														
Lagunilla	—	3	—	—	18	2	4	—	3	5	11	5	6	45
Merced	2	—	8	3	28	6	11	—	7	6	5	3	—	50
Mixcalco	—	—	1	—	—	—	3	—	—	—	—	6	—	5
20 de Noviembre	—	—	—	—	1	—	1	—	—	—	—	—	—	1
Avenida Circunvalación ...	—	2	—	—	—	—	6	—	—	14	—	—	—	19
S. I. R.	—	—	—	—	2	—	1	—	—	—	—	—	—	—
Iglesias	—	—	2	—	—	3	—	—	—	—	—	—	—	—

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14
<i>Colonias Lejanas</i>														
Oriente	—	—	—	—	2	—	1	—	—	—	—	—	—	2
Villa	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—	1	1
Peralvillo	—	—	5	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	11
Madero	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Río Blanco	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—
San Juan de Letrán	—	—	—	—	2	—	—	1	2	—	2	—	—	—
Nonoalco	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	2
Legaria	—	—	—	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Centro	9	—	47	—	5	3	17	—	4	—	2	2	—	18
Tacuba	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
<i>Fuera de la Ciudad</i>														
Chalma	—	—	1	—	2	1	2	—	—	—	—	—	—	—
San Juan de los Lagos ...	—	—	2	—	2	—	—	—	—	4	1	—	3	—
Querétaro	—	—	9	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Toluca	—	—	13	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—
Celaya	—	—	7	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
León (Guanajuato)	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	8	—	—	—
Texcoco	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—
Acapulco	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Texmelucan	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—
Chiapas	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Pachuca	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Guadalajara	—	—	28	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Mercado de Velarde	—	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Ixtalco	—	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Sin especificar	—	2	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	100

166 Aunque la vecindad de Panaderos se hallaba a sólo unos minutos del centro comercial de la Ciudad de México, los bienes materiales en posesión de las familias procedían de 43 fuentes distintas. (Véase tabla No. 2). Sin embargo, casi tres cuartas partes de las compras (65.9 por ciento) se hicieron en la vecindad misma o en la «colonia»³ o barriada de que era parte. Otro quinto de las compras se hizo en colonias próximas. Por tanto, el 85.5 por ciento de los objetos comprados se habían adquirido dentro de un radio menos de dos kilómetros desde la vecindad. De las compras restantes, el 8.9 por ciento se hizo en colonias de la Ciudad de México «distantes» y el 5.6 por ciento fuera de la capital.

Aparte de ocasionales excursiones religiosas a centros de peregrinación como Chalma, en el estado de México, y San Juan de los Lagos, cerca de Guadalajara, la mayoría de las familias habían viajado poco fuera de la Ciudad de México o incluso dentro de la capital misma. Los inquilinos de la unidad No. 3 eran las excepciones; poseían objetos adquiridos en Chalma, San Juan de los Lagos, Querétaro, Toluca, Celaya, Acapulco, Chiapas, Pachuca, Guadalajara, Mercado de Velarde e Ixtalco. Además, esta familia poseía casi la mitad de los artículos comprados por los vecinos de Panaderos en el distrito comercial del centro de la Ciudad de México.

Dentro de la capital, las familias mostraban marcada inclinación a comprar en los mercados y plazas tradicionales. Más de la cuarta parte de los objetos se habían comprado en el mercado de Tepito, en la misma colonia de la vecindad de Panaderos. Los mercados de la Lagunilla y la Merced, situados en colonias próximas, daban razón de la mayoría de las compras hechas fuera de la colonia de Morelos, donde estaba ubicada la calle de Panaderos. En total, más del 60 por ciento de las compras se hicieron en mercados. Menos del 15 por ciento de las mercancías se habían adquirido en tiendas o almacenes. Las compras restantes se hicieron dentro de la vecindad, a vendedores ambulantes o, rara vez, en las iglesias.

Como indica la Tabla 1, los muebles ocupan el primer lugar entre las compras de las catorce familias. Todos los vecinos poseían cinco piezas de mobiliario: una cama, un colchón, una mesa, una repisa como altar y un trastero. Todas las familias de Panaderos consideraban que estas piezas eran necesarias para un nivel de vida mínimo, aunque la mayoría de los residentes en la vecindad habían carecido de algunas o de todas ellas en otro tiempo.

Cada familia tenía al menos una cama, y nueve de las catorce (las de más niños) poseían dos. Pero en una u otra época, casi todas habían pasado

³ En México, ensanche, barrio nuevo de la capital (Larousse). (N. del T.)

por circunstancias en que no habían tenido camas y habían dormido en esteras de paja (petates) o sobre trapos en el suelo. Algunos de los miembros de las familias aún tenían que dormir en el suelo, generalmente los hijos mayores, pues sólo veintitrés camas se distribuían entre los ochenta y tres residentes de la vecindad de Panaderos.

Las camas ocupaban, por lo general, la mayor parte del espacio de las pequeñas y atestadas habitaciones. Durante el día hacían las veces de sillas, mesas de trabajo o áreas de juego para los niños, para ordenar la ropa del lavado y muchos otros propósitos. Varios de los jóvenes de la vecindad trabajaban de noche en panaderías y dormían de día en un lado de la cama; entretanto, alguno de los miembros de la familia se sentaba, trabajaba o jugaba en el otro lado.

De las veintitrés camas de la vecindad, sólo siete habían sido compradas nuevas, entre uno y dieciocho años antes de nuestro estudio. Tres habían sido obtenidas como regalos. Todas las camas nuevas se habían comprado al contado: tres en establecimientos del centro comercial de la ciudad, tres en el mercado de Lagunilla, también en el centro, y sólo una cerca de la vecindad, en el mercado de Tepito. Los precios pagados por las camas nuevas variaban de \$4.40 a \$12.00.

Cinco de las catorce familias habían comprado sus camas nuevas. La cama más cara de todas, la de \$12.00, pertenecía a la familia de la unidad No. 7. Los demás vecinos pagaron \$8.00 o menos por sus camas, lo que viene a confirmar la posición de la familia No. 7 como la más rica de la vecindad.

Trece camas se compraron de uso. Eran las de todas las familias más pobres, y unas pocas habían sido compradas por las más acomodadas. La mayoría de estas camas (nueve de trece) se habían adquirido en Tepito; las otras cuatro habían sido compradas a las amistades: dos residentes en Panaderos y dos de fuera de la vecindad. El costo de las camas de segunda mano variaba de \$2.80 a \$8.00. Los tres lechos recibidos como obsequio eran también de uso y su valor, igualmente, iba de \$2.80 a \$8.00.

Aunque las camas no se deterioraban rápidamente, su tiempo de posesión medio era de sólo cuatro años y ocho meses. Sólo cinco de las veintitrés llevaban más de nueve años en poder de las familias y más de la mitad del resto habían sido adquiridas dentro de los dos años anteriores al estudio. La residencia en la vecindad era bastante estable, pues la mayoría de las familias llevaban viviendo allí más de quince años y sólo dos se habían mudado a Panaderos en los últimos años. Al mismo tiempo, sin embargo, la composición de las familias y sus circunstancias económicas variaban

168 constantemente. Enfermedades largas o borracheras prolongadas, abandonos temporales, separaciones, muertes, eran sucesos frecuentes entre las familias de Panaderos y a veces conducían a la venta o empeño de muebles para obtener dinero con que pagar alimentos, medicinas o entierros. Por ejemplo, si el hijo de una familia abandonaba a su mujer y se iba a casa de su madre con todos sus muebles, la madre tenía que vender o deshacerse de algún modo de los muebles que ya poseía, pues en la vecindad no había espacio para guardarlos y las habitaciones eran demasiado pequeñas para admitir más mobiliario. Después, si el hijo se marchaba de casa de la madre, ésta tenía que comprar muebles nuevos. Asimismo, cuando la situación económica de una familia mejoraba, era probable la compra de algún mobiliario nuevo y la venta de parte del viejo a vecinos menos bien situados.

Todas las familias de la vecindad tenían, cuando menos, un colchón. Dos de ellas sólo tenían uno para sus dos camas; los alambres o tablillas desnudos de la segunda se cubrían con periódicos y una delgada sobrecama de algodón. El estado de los colchones era increíblemente malo: estaban plagados de chinches y rellenos aquí y allá de abultamientos de algodón o paja. Sin embargo, cuatro de las familias poseían colchones de muelles muy caros.

En contraste con las camas, eran más los colchones comprados nuevos que de uso. Los residentes de la vecindad preferían comprar colchones nuevos, porque los de segunda mano tendían a estar en mal estado e infestados de piojos y chinches. Además, cierta clases de colchones nuevos podían comprarse a bajo precio; así, pues, algunas de las familias más pobres compraban sus colchones flamantes. Sólo una de las familias más acomodadas tenía un colchón de uso, pero este colchón había sido adquirido en una época en que la familia no estaba tan bien situada.

Los colchones nuevos variaban mucho en calidad y precio, desde simples colchonetas rellenas de aterrorados desechos de algodón hasta colchones de muelles. Los tres colchones más caros de la vecindad habían sido comprados a créditos, a precios que variaban de \$22.40 a \$44.00. De los catorce colchones nuevos, cuatro habían sido comprados en Tepito, tres en tiendas de la colonia, dos en un establecimiento de una colonia cercana, dos en el mercado de Lagunilla y tres en tiendas del centro comercial. Así, pues, seis vinieron de mercados públicos y ocho de tiendas; nueve fueron comprados en las cercanías de la vecindad y cinco en el centro de la capital.

Cuatro de los diez colchones de uso se compraron a residentes en Panaderos y otro a un vecino de los alrededores. Los otros cinco vinieron de Tepito. El precio de los colchones de uso variaba de \$0.56 a \$2.40.

Los dos colchones regalados a sus poseedores eran de bajo precio: \$0.64 y \$1.20. Uno fue recibido de un pensionista en compensación por el que le había roto a la familia y el otro fue obsequiado a una mujer de la vecindad para que su anciana madre durmiera en él. 169

El tiempo de posesión de los colchones era, en promedio, de tres años y ocho meses. La mitad de los colchones de los residentes llevaban dos años y medio o menos en poder de ellos. Tal circunstancia se debía tanto a la mala calidad de los colchones comprados como al intenso desgaste que sufrían. Muchas personas dormían en ellos, a menudo sin sábanas, y se les usaba como mesas, sillas y áreas de juego. Frecuentemente se mojaban, se derramaba comida sobre ellos y se infestaban de bichos. Por lo que a menudo se botaban y quemaban o eran vendidos a vecinos más pobres que no podían permitirse nada mejor.

Eran más las camas y colchones comprados en Tepito que los adquiridos en cualquier otro lugar. Las familias más pobres de Panaderos preferían comprarlos en ese mercado próximo. Las más acomodadas tendían a comprar sus camas y colchones en el mercado de Lagunilla o en el área del distrito comercial. Las más pobres compraban también camas y colchones a residentes en la vecindad o a vecinos de la colonia.

En términos generales, las camas eran artículos más costosos que los colchones; pero algunas familias que habían comprado colchones nuevos de muelles invirtieron más en éstos que en aquéllas, especialmente las que los compraron a plazos. A causa de las altas sumas pagadas por los tres colchones adquiridos a plazos, el dinero total invertido en colchones en la vecindad (\$178.00) excedió en mucho al invertido en camas (\$132.00).

Para las compras a plazos no se requería pago inicial anticipado, pero el comprador pagaba dos veces el valor real del artículo por el privilegio de pagar a plazos. Los vecinos de Panaderos comprendían que de ese modo pagaban muchos más, pero opinaban que les sería en extremo difícil, si no imposible, ahorrar lo bastante para comprar, digamos, un radio nuevo, si tenían que pagar todo su precio de una vez. Aunque los radios nuevos sólo costaban \$20.00 al contado, mientras que a plazos valían de \$48.00 a \$74.00, sólo dos familias los habían adquirido al contado.

Los pequeños pagos semanales, que promediaban \$0.80, ponían al alcance de todas las familias, excepto las más pobres, artículos tales como radios, colchones, roperos, al menos temporalmente. Sin embargo, el alto precio total significaba que la familia tenía que pagar durante largo tiempo por sus compras, a menudo durante más de un año, y la situación económica de las familias de la vecindad podían variar grandemente durante ese período.

170 Esta inestabilidad se refleja en el bajo tiempo medio de posesión de muebles. Dicho tiempo medio era de sólo 4.5 años para todas las piezas de mobiliario. La familia de más alto promedio de edad de los muebles era la de la unidad No. 1 y llegaba a nueve y medio años. Todos los muebles de esta familia habían sido comprados entre ocho y doce años antes del estudio. Las únicas adquisiciones recientes les habían sido obsequiadas. La edad avanzada y la mala situación económica de los miembros de esta familia explicaban, probablemente, la total ausencia de compras recientes de muebles

La persona que tenía el segundo promedio más alto de edad del mobiliario (siete y cuarto años) era la de la unidad No. 10, la de mayor tiempo de residencia en la vecindad. Pero aunque llevaba más de 25 años residiendo en Panaderos, ninguno de los muebles de esta mujer tenía más de trece años de adquirido.

El tercer promedio de edad de los muebles era el de la familia de la unidad No. 13. La señora tenía cuatro piezas de mobiliario que había comprado antes de su matrimonio y que llevaban con ella más de diez años, incluido un estante que tenía desde hacía veinticuatro años. Sin embargo, nueve de los muebles de la unidad No. 13 había sido comprados dentro de los últimos cuatro años, aunque los esposos tenían más de ocho años de casados. El radioreceptor, de dos años de comprado, ya había estado empeñado por tres meses para poder efectuar los pagos mensuales. Costó \$74.00 y de no haber sido por los \$8.00 que la familia recibió en la casa de empeños, lo habrían perdido probablemente.

Los promedios siguientes eran los de las familias No. 14 y No. 3: seis años y cinco años y dos tercios, respectivamente. Ambas eran matrimonios ancianos y algunas de las piezas de su mobiliario estaban con ellos desde hacía mucho tiempo. La familia No. 14 había conservado un trastero (anaquel para vajilla) desde hacía treinta años y la No. 3 tenía en su poder un ropero desde hacía quince.

El tiempo medio de posesión de muebles de las otras nueve familias de la vecindad era de cuatro y medio años o menos. Aunque el matrimonio de la unidad No. 9 llevaba más de siete años residiendo en la vecindad, nueve de sus once piezas de mobiliario compradas habían sido adquiridas dentro de los dos años y medio anteriores al inventario. El mueble más viejo, un ropero con las lunas rotas y toda la pintura desconchada, tenía ocho años. Este matrimonio había perdido un radio en la casa de empeños, y el nuevo que tenían, ya roto, lo habían comprado a plazos año y medio antes del estudio.

La familia de más corto tiempo medio de posesión de muebles vivía en la unidad No. 4. Eran los más recientes vecinos de Panaderos, adonde se habían mudado de nuevo año y medio antes del estudio. Tenían muy pocos muebles cuando llegaron, porque se habían visto en serios aprietos económicos y habían tenido que vender casi todos los muebles que poseían. Por esta razón, el promedio de edad de su mobiliario era de sólo un año y diez meses. Habían comprado ocho de sus diez muebles desde su regreso a la vecindad. 171

La familia No. 12 se había mudado de nuevo también a la vecindad no hacía mucho. Doce de sus quince artículos de mobiliario los habían comprado dentro de los dos años anteriores al estudio.

La mayor parte (63.7 por ciento) de las setenta y cuatro piezas de mobiliario nuevas existentes en la vecindad habían sido compradas en mercados públicos: treinta en el de La Lagunilla y sólo quince en el más próximo de Tepito. Los vecinos explicaron que en el primero los precios eran más bajos y el surtido más variado. Diecisiete piezas fueron compradas en otros tres mercados de la colonia, incluyendo nueve en el pequeño mercado al aire libre inmediato a la vecindad; ocho en mercados de otras colonias y cuatro en el de Toluca, por personas a quienes sus actividades llevaban allí. Veintitrés piezas de mobiliario nuevas (19.5 por ciento del total) se compraron en la calle o la vecindad a vendedores ambulantes. Estos objetos eran, mayormente, sillitas, banquetas y cosas similares de confección manual. Cinco piezas (4.2 por ciento) fueron compradas al crédito a vendedores ambulantes que llegaban a la vecindad ofreciendo radios y, en ocasiones, roperos y otros artículos para pagar a plazos.

Sólo dieciséis (13.5 por ciento) de las piezas de mobiliario nuevas se compraron en tiendas: cinco en las de la colonia, nueve en tiendas del distrito comercial y dos en grandes tiendas por departamentos.

Casi la mitad de los muebles de segunda mano (49.2 por ciento) había sido comprada dentro de la vecindad misma. De estos, la cuarta parte había sido a familiares —de la esposa siempre— que vivían en Panaderos; el resto, a residentes cercanos. Por lo general, las familias más acomodadas de la vecindad compraban nuevos sus muebles; pero a medida que éstos se estropeaban y parecían viejos, dichas familias los reemplazaban por otros nuevos cuando podían, vendiendo por lo general el mueble viejo a una de las familias más pobres de la vecindad, a menudo uno de sus hijos casados. Como once de las catorce familias estaban filialmente emparentadas, no faltaban oportunidades de comerciar dentro de la familia.

172 Casi el 10 por ciento del mobiliario de segunda mano había sido comprado a parientes que vivían fuera de la vecindad (todos parientes de la esposa también). En total, el 20.8 por ciento de los muebles de uso procedía de familiares residentes o no en la vecindad. El once por ciento había sido adquirido de amigos o conocidos que vivían cerca de la vecindad.

Así, pues, casi tres cuartas partes de los muebles de segunda mano (69.7 por ciento) procedía de parientes o amistades, o sea de personas con quienes ya existía una relación personal no mercantil. Aparte de la preferencia por la relación personal, un objeto de segunda mano comprado a amigos o allegados costaba siempre mucho menos que en un mercado.

El resto de los muebles de segunda mano (30.3 por ciento del total) se adquirió en mercados públicos. Ninguno se compró en tiendas de objetos de uso, que por lo general comercian con muebles de mejor calidad que tienden a ser más caros. Poco más de dos tercios de los muebles (trece piezas) comprados en mercados públicos procedían del cercano Tepito. Cinco se adquirieron en otros mercados de la colonia Morelos. Y sólo uno se compró en un mercado relativamente distante de la vecindad: el de Lagunilla.

Los muebles regalados eran treinta y ocho. Treinta y uno de ellos (81.6 por ciento) se recibieron de familiares. De éstos, la gran mayoría se recibió de familiares de la esposa —la madre en casi todos los casos— más que del esposo (veinticuatro obsequios de familiares de la esposa contra tres del esposo). Cuatro regalos de muebles se recibieron de hijos o hijas.

Alrededor de dos tercios de los muebles obsequiados por familiares procedían de residentes en la misma vecindad. Los parientes que habitaban en la misma vecindad se veían con más frecuencia y tenían más conocimiento de sus mutuas necesidades que los que residían fuera de ella. Además, el regalo de un mueble dentro de Panaderos no planteaba ningún problema de transporte.

Sólo siete piezas de mobiliario (9.5 por ciento del total obsequiado) se recibieron de personas no familiares. Una de estas piezas se heredó de un padrino que había vivido en Panaderos y dos se recibieron de compadres residentes en la vecindad. Una se recibió de un pensionista y otra de un amigo. Dos piezas se recibieron de los patrones o jefes de los lugares en que dos de los jóvenes de la vecindad trabajaban.

Cada familia consideraba indispensable la posesión de un altar en que pudiera encenderse una vela como muestra de devoción a los santos cuya imagen pendía de la pared. Los altares variaban de grandes y pesadas repisas labradas a tablas atadas a la pared mediante un cordel. Todas las familias

de la vecindad tenían cuando menos una repisa dedicado a fines religiosos y algunas tenían más de una. La mitad de las viviendas de Panaderos sólo tenían una: el altar. Las restantes tenían dos, tres o cuatro repisas, de los cuales al menos una servía de altar. Estas repisas se empleaban también para poner objetos pequeños, como medicinas, agujas e hilo, hojas de afeitar, papeles o, si estaban en la cocina, sal, jabón y cosas por el estilo. Las familias que sólo tenían un anaquel tenían que usarlo a menudo para poner estas cosas además de los objetos propios del altar, puesto que no tenían otros lugares donde ponerlas fuera del alcance de los niños. Por consiguiente, en muchas de las viviendas, el altar estaba cubierto de una miscelánea de objetos no religiosos. Sin embargo, en ciertos días festivos de la Iglesia, tales cosas se retiraban y los altares se engalanaban con papel crepé y serpentinatas.

Un estante de cocina era otra pieza de mobiliario esencial que todas las familias de la vecindad poseían, aunque muchas de ellas habían tenido que mantener los platos, cubiertos y comestibles en el suelo en alguna época de su vida. En cuanto a construcción, los anaqueles eran muy similares. Colgaban, por lo general, en la pared de la cocina y, a veces, en la habitación principal. Unos pocos llegaban hasta el nivel del piso. Se componían de tres a seis tablas traveseras, algunas con el reverso y los lados en forma de enrejado, otras macizas. Algunos de estos trasteros estaban pintados y en buenas condiciones; otros, arañados y ruinosos. Sin embargo, el estado de los trasteros no parecía tener relación con la cantidad pagada por ellos o el tiempo que llevaban en poder de la familia, sino con el cuidado que se les daba.

Todos menos cuatro de los veinte trasteros habían costado de \$0.80 a \$1.20. Por dos se pagó una cantidad tan exigua como la de \$0.24 cada uno. Tres de los trasteros habían sido construidos en la vecindad; dos fueron heredados y cuatro se recibieron como regalo (ya usados) de consanguíneos en tiempos en que la familia obsequiada no tenía ninguno y lo necesitaba grandemente. De los restantes anaqueles, cinco se compraron nuevos y seis de uso. Dos de los trasteros se contaban entre las tres piezas de mobiliario con más tiempo en la vecindad: veinticuatro y treinta años. Otros se habían adquirido apenas un año antes del inventario.

Algunos de los anaqueles adicionales que casi la mitad de las familias poseían eran usados por los hombres de ellas para guardar las herramientas y menesteres de sus oficios. Pero la mayoría de estos equipos se dejaban en el piso, porque requerían mucho espacio y no había otro lugar donde ponerlos.

174 El último de los muebles que todas las familias tenían era una mesa. Más de la mitad de los vecinos poseían dos o tres. Con dos excepciones, las familias de mejor situación tenían más de una mesa y las más necesitadas, una sola. Casi todas las mesas eran de hechura simple de madera sin pintar, cuyo valor era escaso. Unas pocas de las familias acomodadas habían pintado o barnizado las suyas o las habían cubierto con hule.

De las veinticuatro mesas existentes en la vecindad, tres cuartos valían \$1.20 o menos. Cinco costaron entre \$1.60 y \$3.20. La mesa más cara era de la propiedad de la familia 10 y costó \$5.20. Dos habían sido hechas por los hombres de la familia y tres se recibieron como regalo. De las restantes, eran ligeramente más las mesas compradas de uso que las nuevas. Ninguna se había adquirido en una tienda. La cuarta parte de ellas se obtuvo de parientes y otra fracción igual de residentes en la vecindad. Las mesas restantes se compraron en mercados o a vendedores ambulantes.

Además de las cinco piezas de mobiliario que cada familia poseía, las sillas, un ropero y un radio eran considerados esenciales para la vida y casi todos los vecinos los tenían.

Sólo una mujer de Panaderos, la de la unidad 8, no tenía silla alguna. Como tampoco tenía banquitos, los adultos no podían sentarse en otro lugar que en las camas y los niños habían de hacerlo en el suelo. La mitad de las familias no tenían más que dos o tres sillas para sus muchos miembros; otras tenían cuatro o cinco, y dos unidades tenían siete y ocho. Había un total de cincuenta y dos sillas en las catorce habitaciones de la vecindad, por lo que el apiñamiento era mucho. Sin embargo, las familias querían tener más sillas. A las horas de comer, cincuenta y dos sillas no alcanzaban para sentar a los ochenta y tres residentes y muchos tenían que sentarse en las camas o en el piso o acucillarse sobre banquitos pequeños. Las familias más acomodadas solían tener más sillas. La mayoría de las existentes eran de una clase baratísima, fluctuando su valor entre \$0.40 y \$8.00. Sólo unas pocas de las familias mejor situadas, como la 3, tenían sillas más caras; pero sólo valían \$1.60 o \$2.00.

Excepto dos, cada familia tenía su ropero, y todas menos tres poseían radios. En casi todos los casos, eran las familias más pobres las que carecían de estos objetos.

Los roperos se consideraban esenciales para un nivel de vida decoroso, porque ninguna de las habitaciones tenía closet o espacio encerrado para guardar. Careciendo de todo tipo de ropero, las ropas tenían que dejarse en el piso o guardarse en cajas de cartón. Los roperos de la vecindad tenían dos compartimientos largos con puertas de luna, en los que las ropas se col-

gaban y también se amontonaban abajo a menudo. Entre estos compartimientos solía haber una pequeña división cuadrada, también con puerta de espejos, y varias gavetas, en las que se guardaban las ropas interiores, las medias y otras prendas. La mayoría de los roperos tenían los espejos rajados o les faltaban pedazos si no los habían perdido totalmente. Sólo una de las familias más acomodadas había podido reemplazar los espejos. Casi todos los roperos estaban arañados y muy maltratados, pero como continuaban cumpliendo su función no se les renovaba. Algunos, sin embargo, eran muebles finos, primorosamente labrados. La familia 3 tenía su ropero desde hacía quince años, pero estaba en excelentes condiciones porque había sido bien cuidado.

Las dos familias que no tenían ropero colgaban algunas de sus prendas planchadas en clavos de la pared y mantenían las restantes dentro de una caja o gabinete pequeño.

Los roperos eran caros y a veces se los compraba al crédito o, si se adquirían de familiares o amistades, se pagaban en partes. De los doce roperos existentes en la vecindad, dos tercios habían sido comprados nuevos, a un costo de \$8.00 a \$32.00. Los cuatro comprados de uso (tres a familiares o amigos) costaron entre \$2.40 y \$9.60; promedio, \$5.20, muy por debajo del costo medio de \$16.80 de los roperos nuevos. Un ropero impartía cierto prestigio; era algo que un recién casado quería comprar para su esposa, y por esta razón se contaba entre los pocos objetos caros que preferiblemente se compraban nuevos.

Tres de los roperos se habían adquirido dentro de los seis meses anteriores a la investigación, pero los restantes llevaban de cuatro a quince años en manos de sus propietarios. El tiempo medio de posesión de los roperos eran de seis años y ocho meses, bastante más que el promedio para todos los muebles de la vecindad. Los roperos, por lo general, duraban largo tiempo y no era probable que se los reemplazara, vendiera o regalara a menudo. Posiblemente sólo en casos de gran necesidad se los vendía, como ocurrió a las familias No. 4 y No. 12, las cuales, gracias a compras baratas a familiares o vecinos, pudieron reemplazar los roperos que habían vendido, que eran más caros.

En los días del estudio, sólo tres de las familias de la vecindad no tenían radio. Una tenía dos (uno que era del marido desde antes de conocer a su mujer y otro que pertenecía a la esposa). Las tres familias que no tenían radio en los días de la investigación los habían tenido en otro tiempo; pero los habían perdido en el empeño, por no pagar los plazos del crédito o por vender el radio cuando no pudieron permitirse el costo de su reparación.

176 Pagando de \$4.00 a \$74.00 por sus radios, con un desembolso medio de \$34.56, los vecinos de Panaderos habían invertido más en aparatos de radio (\$414.40) que en cualquier otro mueble, excepto los dos televisores.

El radio era una de las dos más valiosas piezas de moblaje de todas las viviendas que tenían ese aparato, menos una. Un televisor, una máquina de coser y, a veces, un colchón de muelles eran los únicos objetos que probablemente costaban más. El aparato de radio se consideraba casi como un artículo de primera necesidad y las pocas familias que no lo tenían cuando se efectuaron los inventarios lo tendrán con toda probabilidad en el futuro. Ocho de los doce radios de la vecindad se compraron a crédito o, si se los adquirió de familiares o amigos, se pagaron en partes. Dos de los aparatos fueron regalos (uno de ellos también comprado a plazos por el donante).

Así, pues, sólo dos de los doce radios tuvieron un costo de \$20.00, para ser los menos caros de los radios nuevos existentes en la vecindad.

Los tres radios comprados de uso se adquirieron de amigos o familiares mediante pago por partes, pero sin intereses. Ninguno de los radios existentes en la vecindad se compró en una tienda de objetos de uso o en un mercado. Sólo tres se adquirieron en tiendas, habiéndose comprado los restantes a vendedores a plazos o a amistades.

Aunque los pagos por los radios a créditos eran, por lo general, sólo \$1.00 semanal, hasta esa cantidad era difícil de reunir a veces en tiempos de crisis. Si se incumplían unos pocos plazos, el radio les era quitado y a menudo perdían por completo los varios cientos de pesos ya pagados. Sin embargo, una vez pagado el importe total del aparato, éste representaba una rápida fuente de dinero mediante su empeño en una de las casas de préstamos clandestinas de los alrededores. Estas casas cobraban la exorbitante (e ilegal) prima de 20 por ciento de la cantidad prestada al mes. Si el objeto empeñado no era redimido a los tres meses, se perdía. Tan impredecible era la situación económica de estas familias, que el tiempo de posesión medio de los radios no llegaban a tres años. Sólo dos de los aparatos habían sido conservados por más tiempo: nueve y diez años. Tres cuartas partes de ellos habían sido adquiridos dentro de los tres años inmediatamente anteriores al estudio, y una tercera parte había sido comprada por hijos o hijas jóvenes que trabajan.

En la fecha de comienzo del estudio, 1957, sólo había en la vecindad dos televisores: uno perteneciente a la familia No. 7, la más acomodada, y el otro a la No. 11. Unos años antes, la familia No. 5 había perdido el aparato que tenía. La No. 11 empeñó y perdió el suyo durante el curso de la presente investigación y compró otro a plazos después de concluida ésta, comprome-

tiéndose a pagar \$24.00 mensuales por varios años. Será una hazaña extraordinaria que pueda mantener los pagos. 177

La dinámica de la compra de televisores es muy similar a la de los radios. Sin embargo, aunque a casi todos los vecinos de Panaderos, especialmente los jóvenes, les agradaría tener TV, sólo unos pocos intentan hacer frente a los elevados pagos, y en la época del inventario, sólo la familia de la unidad 7 parecía ser capaz de cumplirlos. Sin embargo, la vida de los residentes es tan inestable que hasta esta familia podría perder su televisor en alguna fecha futura por una enfermedad grave o una crisis conyugal.

Los televisores, junto con los necesarios reguladores del voltaje, cuestan a plazos entre \$360.00 y \$480.00. El aparato menos costoso vale más que todos los otros bienes de las familias que tienen TV. Y más también que todos los que poseen las otras familias de la vecindad. La familia 7, por ejemplo, estaba pagando \$480.00 por su televisor y el valor de todas sus otras posesiones materiales montaba a sólo \$421.54.

Además de las ocho piezas de mobiliario que casi todas las familias de la vecindad poseían, había otras que sólo poseían unas pocas. No parecían tener gran valor o no se les concedía significación. Sólo una familia poseía un estante de cocina, que no era particularmente caro ni se le consideraba mucho más útil que las repisas de cocina que todas las otras familias tenían. Tres viviendas poseían vitrinas, que usaban para guardar platos, vasos y cubiertos. Estos aparadores, similares a los anticuados chineros, eran bastante costosos; su valor medio no llegaba al de los artículos esenciales: radios, roperos, camas y colchones; pero excedía el de las otras piezas de mobiliario de la vecindad, excepto los televisores. La familia más acomodada y dos del grupo medio alto eran las que los tenían. Tales vitrinas otorgaban cierto prestigio por ser mejores, más caros y más elegantes que los meros anaqueles; pero no eran lo que una familia que mejora de posición desearía comprar necesariamente.

Diez de las familias de la vecindad tenían de uno a tres bancos pequeños. Adultos y niños los utilizaban para los mismos propósitos que cumplen las sillas, especialmente a las horas de comer. El número de miembros de las familias de la vecindad y también el tamaño de sus habitaciones impedía sentarse alrededor de la mesa para comer; en vez de ello, cada miembro se sentaba donde encontraba espacio y se ponía el plato sobre las rodillas. Los banquitos eran usados también por los zapateros de la vecindad, quienes habían de trabajar cerca del suelo donde mantenían sus materiales.

Una familia de Panaderos (la 11) tenía butacas: tres que les costaron \$14.00. Ninguna de las otras familias tenía tales sillas, tanto por falta de

178 espacio como porque eran poco prácticas. Las butacas no se pueden meter debajo de una mesa o montar unas sobre otras para ahorrar espacio y son difíciles de mover. Tampoco se les puede usar fácilmente a modo de mesa, para trabajar o para que los niños escriban sus lecciones, aparte de que también cuestan más que las sillas comunes. Las tres butacas de la vecindad habían sido compradas por un joven que tenía su propio taller de reparación de calzado y trataba de mejorar su nivel de vida. Este joven había comprado también una cocina de gas (la única que se había visto en Panaderos) y un televisor, uno y otra a plazos; pero había perdido ambas cosas por haberlas empeñado y no haber podido cumplir los pagos.

De las trece categorías, la ropa era el segundo renglón en cuanto a desembolsos para bienes materiales (Véase tabla No. 1). Los vecinos de Panaderos habían gastado \$1 127.36 en ropa, suma que representa el 27.4 por ciento de todas sus compras. De las 912 prendas de vestuario adquiridas por las catorce familias, 796 habían sido compradas nuevas (87.3 por ciento). Unos dos tercios de ellas 68.1 por ciento se pagaron al contado y las restantes a plazos.

La ropa era un obsequio popular y económicamente importante entre las familias de la vecindad y representaban el 32.3 por ciento de los objetos regalados. Tres familias (10, 11 y 12) no habían recibido prendas de vestir regaladas, pero las que habían recibido las otras once importaban \$164.16, por lo que esta categoría era la primera en jerarquías de los obsequios.

Las familias mejor situadas recibían ligeramente más regalos de ropa que las de peor situación económica, aunque la de la unidad 1, la más pobre de todas, era una excepción notable. Esta familia, que sólo había gastado \$3.92 en ropa, recibió prendas regaladas por valor de \$20.72.

La ropa era la primera en cuanto a artículos de confección en el hogar. Todas las familias se hacían parte de sus ropas, a veces con retazos y a menudo con sacos de harina de trigo, cosa que dificulta asignar un valor a la ropa hecha en casa. Pero si consideramos la cantidad pagada por el material (cuando era comprado), encontraremos que las familias invirtieron \$65.01 en esta categoría.

Era grande la variación entre las familias en cuanto a dinero gastado en ropa y en cuanto a regalos de ropa recibidos. La familia 8 había invertido \$192.64; en el otro extremo de la escala estaba la familia 1 con su desem-

bolso de sólo \$3.92. Excepto la de la unidad 6, todas las familias que gastaron más de \$80.00 en ropa se contaban entre las siete más adineradas de la vecindad.

Generalmente, la familia que más invertía en ropa tendía a gastar menos en muebles. La 8, por ejemplo, primera en compras de ropa, era la decimotercera en compras de muebles. La familia 11 era la cuarta en adquisición de mobiliario, pero la décima en compra de prendas de vestir.

Sólo dos tipos de estas prendas eran comunes a todas las mujeres de la vecindad un vestido y un par de zapatos. Las veinte mujeres adultas de Panaderos poseían un total de setenta y cinco vestidos, un promedio de menos de cuatro cada una, mientras que las veinticuatro niñas (de 14 años y menos) tenían 152, un promedio de más de seis por cabeza. Cincuenta y nueve de los 227 vestidos (26 por ciento) habían sido hechos en casa.

La importancia de la confección de ropa variaba de una familia a otra, pero a excepción de la 6, era particularmente considerable entre las familias de gran número de hijos. La de la vivienda 4, que tenía ocho niños (la más prolífera de la vecindad), era también la que más ropa confeccionaba en casa. Además de las quince piezas para su nene de dos meses, la madre había hecho once vestidos, nueve batas y siete camisas, y su esposo, dos pares de zapatos.

Excepto la esposa de la vivienda 9, todas las mujeres de la vecindad poseían un rebozo, la tradicional mantilla mexicana, que puede servir para propósitos tan diversos como los de abrigarse, cubrirse la cabeza en la iglesia y envolver el bebé. Un rebozo bueno es algo caro y sólo había veintidós en la vecindad, o poco más de uno por mujer adulta.

Las batas, prendas de vestuario menos costosas, eran bastante comunes en la mayoría de las casas, aunque la madre de la unidad 11 y sus nueras no tenían ninguna. Las otras familias poseían un total de 105 batas, que se distribuían desde dos en la vivienda 13 (una mujer adulta) a dieciséis en la 14, en la que habitaban madre, hija y nieta. Veintiséis de las 105 batas (24.8 por ciento) habían sido hechas a mano o en máquina de coser en la casa.

La mayoría de las mujeres de la vecindad no tenían más de un par de zapatos y con frecuencia andaban por la casa y el patio descalzas. Sin embargo, las madres, por lo general, mantenían a sus hijos bien calzados, contándose cincuenta y cuatro pares de zapatos para los cuarenta y un niños de más de un año de edad.

180 Entre treinta y ocho mujeres y niñas de dos años o más se distribuían 116 pantalones interiores, a un promedio de alrededor de tres por cabeza. La familia 2 hacía algunos de sus pantalones femeninos y dos mujeres viejas de la vecindad no los usaban en absoluto.

La mayoría de las mujeres de Panaderos usaban sostenedores, excepto seis, incluidas las dos viejas que no llevaban pantalones. A menudo las jovencitas tenían sostenes, aunque sus progenitoras no.

Las medias eran raras: seis viviendas poseían un total de quince pares, muchos de los cuales pertenecían a las muchachas de la familia.

Las mujeres de sólo ocho de las casas de la vecindad poseían faldas y blusas. Muchas mujeres no usaban nunca este tipo de indumento. En cambio, sólo la mujer de la unidad 11 no tenía suéter.

Los pañuelos no eran usuales en la vecindad, entre las mujeres ni entre los hombres. De las ochenta y tres personas de Panaderos, sólo dos hombres y dos muchachas tenían pañuelos.

Siete abrigos se distribuían entre las mujeres, perteneciendo cinco a hijas de la familia. En general, los rebozos servían a las mujeres a modo de abrigos. La esposa de la unidad No. 5 tenía un chaleco, único en la vecindad.

La única bata de baño pertenecía a la unidad 6. Sólo una mujer adulta tenía un cinto, aunque las niñas de tres casas poseían cinco. La mujer de la vivienda 13 era la única persona en toda la vecindad que poseía un monedero. Y ninguna mujer de Panaderos tenía pantalones de vestir.

Todos los hombres de la vecindad poseían zapatos, un par de pantalones, una camisa y calzoncillos; pero sólo había un par de huaraches (sandalias). Los hombres de las unidades 1, 2 y 9 no tenían medias, y en las viviendas 1, 2, 5 y 7 no había camisetas en la época del inventario. Los únicos trajes existentes en la vecindad pertenecían a dos niños de la unidad 4 (comprados, probablemente para el sacramento de la confirmación); pero no tenían corbatas que los acompañaran. No había una sola corbata en toda la vecindad.

Cada uno de los hombres tenía alguna prenda que lo resguardaba del frío, *jackets* en la mayoría de los casos; pero dos hombres habían comprado sacos. Se encontraron suéteres en ocho familias, incluidas las dos más pobres (1 y 2). Los hombres de las unidades 4, 6 y 8 tenían *overalls* para trabajar.

En ocho de las catorce viviendas, los hombres (no se hizo el inventario de la ropa masculina en la unidad 12 y en la 10 no había hombres) tenían algún sombrero: sino una gorra, un sombrero de paja. Los hombres de

seis familias poseían «playeras» o *pullovers*; el único traje de baño en la vecindad se encontró en la vivienda No. 8. 181

Las mujeres de la vecindad hacían menos ropa para los hombres que para ellas mismas o sus niños. La madre de la familia 4 había hecho siete camisas y su esposo dos pares de zapatos para los hijos varones; pero esto era más bien excepcional. La prenda masculina de confección doméstica más popular eran los calzoncillos. Dieciocho de los ochenta pares de calzoncillos (22.5 por ciento) habían sido hechos por las mujeres de la vecindad de Panaderos.

El ochenta por ciento de toda la ropa de la vecindad se había comprado nueva. Sin embargo, la mayor parte de la ropa de segunda mano no era comprada por las familias más pobres, sino por las de ingresos medios. Las familias más pobres tendían a comprar poca ropa y o bien se las arreglaban sin ella o se atenían a las que les regalaran. Por ejemplo, el matrimonio de ancianos de la unidad 1 sólo tenían una prenda de vestuario comprada por ellos; las restantes (cuarenta y tres) eran regalos de amigos y familiares.

Los 652 artículos de indumentaria de procedencia nueva se habían comprado en cuarenta y ocho lugares diferentes. Sin embargo, bastante más de la mitad de las compras (58.3 por ciento) se habían hecho en mercados de la Ciudad de México. El de Tepito por sí solo daba razón de 208 de las adquisiciones (31.9 por ciento). La mayor parte de las restantes compras en mercados se habían hecho en el de Morelos (la colonia a que pertenecía la vecindad) y en los de La Lagunilla y La Merced.

Alrededor del 15 por ciento de la ropa nueva se había comprado dentro de la vecindad misma a vendedores ambulantes. De manera que, a despecho de la gran diversidad aparente de orígenes de ropa, casi todas las prendas de vestir nuevas se habían comprado en relativamente pocos lugares. Sólo quince prendas procedían de tiendas del distrito comercial de la Ciudad de México y sólo el 7.1 por ciento de toda la ropa nueva se compró en alguna clase de tienda.

Casi toda la ropa de segunda mano se compraba en el mercado de Tepito. De las 162 prendas de uso, 144 (el 89 por ciento) procedían de ese lugar. La mayor parte de las restantes se habían comprado en la vecindad, a vendedores o a vecinos.

Las donaciones de ropa eran comunes entre familiares y representaban la tercera parte de todos los regalos. En total cuarenta y seis intercambios de ropa en forma de regalos se apuntaron en los inventarios. Quince se efec-

182 tuaron entre familiares residentes en la vecindad, con más frecuencia entre hermanas; pero es sorprendente que los esposos no intercambiaran regalos de ropa en grado importante. Sólo un esposo había dado ropa a su esposa como «regalo» y dos esposas habían hecho obsequios de ropa a sus esposos.

Obsequios de ropa de padrinos a ahijados ocurrieron en cinco casos, mientras que las comadres habían intercambiado regalos en tres. La ropa se adquiría a menudo como regalo de amigos, pero sólo en la familia 1 era esto una fuente de importancia.

Las prendas de vestir duraban poco entre las familias de Panaderos. El tiempo medio de posesión de todas ellas era de sólo 9.9 meses. De esto se daban tres razones importantes, cuando menos. La falta de suficiente ropa hacía que las familias usaran todos los días unas pocas prendas básicas, lo que las gastaban más pronto. Además, gran parte de la ropa era de calidad inferior, lo que contribuía a acortar su vida. Por último, las familias tendían a vender sus prendas de vestir en días de necesidad o de algún tipo de crisis. Por ejemplo, el esposo de la familia 8 vendió buena parte de una vez amplio ropero de la familia durante una borrachera prolongada, dejando a su mujer sólo con un vestido roto.

Como la mayoría de las otras posesiones existentes en las viviendas de Panaderos, la ropa rara vez duraba lo bastante para original en el usuario algún verdadero apego o sentimiento hacia ella. Ningún miembro de la vecindad podía recordar una experiencia lejana que un vestido o rebozo particular le trajera a la memoria.

Después de los muebles y la ropa, las herramientas y los materiales de trabajo ocupaban el siguiente lugar en la distribución de las compras de las familias de la vecindad, representando el 7.9 por ciento de todo lo comprado. Esta categoría superaba a la ropa de cama, los utensilios domésticos, las joyas y las restantes partidas. Tres familias, sin embargo (4, 5 y 7), daban razón del 81.7 por ciento de estas compras. El hombre de la unidad 4 trabajaba en su casa como zapatero y los otros dos cabezas de familia fabricaban botellones con cesto de juguete en sus respectivos hogares. Los tres, por tanto, necesitaban tener a mano herramientas y materias primas, lo que, entre paréntesis, requería un mínimo de capital.

En contraste con los muebles y la ropa, casi todas las herramientas y materias primas se compraban de uso. El hombre de la unidad 9, por ejemplo, que trabajaba en su casa como zapatero remendón, tenía cincuenta hormas, dos alicates, dos chavetas, un martillo, tenazas y otros útiles, todos los cuales había comprado de segunda mano. También tenía suelas de cuero y Neolite, tacones de madera y de goma, plantillas de diferentes tamaños y tres

bolsas de cuero para zapatos de señoras, que asimismo había comprado de segunda mano. Sólo sus varios paquetes de clavos, una latica de pegamento, medio metro de papel para primeras suelas y algún betún eran nuevos de procedencia. Este hombre tenía sus herramientas y accesorios desde hacía cinco a nueve años; pero su reducido capital lo obligaba a renovar su provisión de clavos, suelas, tacones, pegamentos, etc., cada pocos días.

A diferencia de la mayoría de los objetos domésticos, las herramientas, por lo general, llevaban en manos de sus propietarios un tiempo comparativamente largo: cinco y medio años por término medio. Las razones de este insólito tiempo de posesión eran dos. La mayoría de las herramientas no se gastan sino después de mucho uso; pero lo que es más importante, representan en muchos casos el medio de vida de la familia. Incluso en los tiempos más duros, un zapatero u otro artesano vacilará en vender o empeñar el mejor recurso de que dispone para rebasar la crisis.

Los útiles para el hogar ocupaban el cuarto lugar en valor de compra en la vecindad de Panaderos, equivalente al 7.1 por ciento del total. Tres máquinas de coser, propiedad de las familias 3, 9 y 10, daban razón de aproximadamente un tercio de los \$294.25 de esta categoría. Las máquinas de coser de las unidades 3 y 9 fueron compradas de segunda mano a plazos. La de la unidad 10 pertenecía a la anciana de 60 años que era la encargada de la vecindad. Su hija, quien vivía a su lado en la unidad 11, la había comprado nueva para ella por \$70.40 al contado. En los tres años transcurridos desde la adquisición, la hija la había empeñado tres veces para pagar deudas.

Un importante renglón de esta categoría era una instalación eléctrica que por lo general consistía en un toma corriente, un chuchó y una o más extensiones. Las instalaciones eléctricas importaban tanto como \$24.00. Menos las unidades 5, 10 y 13, todas las viviendas tenían instalaciones de este tipo.

Cada familia tenía una plancha eléctrica cuando menos, y dos de ellas (1 y 5) tenían dos. La mujer de la unidad 1 tenía una muy pequeña que había comprado varios años antes del estudio; pero como le había resultado insatisfactoria, había comprado otra, nueva, por \$2.64 a plazos, pagando un peso a la semana. La plancha de una de las mujeres estaba rota y como no podía pagar el costo de su reparación, tenía que pedir prestada a una vecina la suya.

Sólo seis de las dieciséis planchas habían sido compradas nuevas. Todas menos una de las planchas de uso se había adquirido en el mercado de Tepito y la otra en la vecindad misma. Las planchas nuevas vinieron del mercado de Lagunilla o de una tienda del centro de la ciudad.

184 Dos de las familias más acomodadas, la 3 y la 7, eran las únicas de la vecindad que tenían tablas de planchar. Todas las otras mujeres tenían que planchar extendiendo una toalla o una tela gruesa sobre una mesa.

Todas las viviendas tenían una escoba y casi la mitad de ellas tenían dos. Estas escobas eran, por lo general, de tosca fabricación manual y se compraban a vendedores rurales que las vendían en las plazas. El constante barrido de los pisos de cemento, tierra y piedra las gastaba rápidamente. Como nadie de la vecindad usaba cestos de basura y generalmente se acostumbraba botar todo lo inservible en el suelo, el trabajo de las escobas era casi constante.

Todas las familias, menos dos, tenían tijeras. En una de esas dos, las tijeras se habían perdido recientemente en la casa de empeños, y en la otra las habían perdido uno de los niños. En ambos casos serán con toda seguridad reemplazadas lo antes posible.

Todas las mujeres de la vecindad cosían. Todas hacían sábanas y ropa interior para los niños con sacos de harina, y muchas confeccionaban culeros y pañales para bebés y ropas de niños. También remendaban ropas, incluida la de cama. Como se hacía con todo lo demás, las mujeres rara vez compraban las agujas y el hilo por adelantado, limitándose a adquirir lo que necesitaran para el propósito específico que tuvieran, aunque ni las agujas ni el hilo eran caros. No tenían costureros con hilos de varios colores. El hilo de color lo compraban en el momento en que lo necesitaran o, lo que era más frecuente, cosían con hilo blanco, gastando la pequeña cantidad que compraban. Cuatro de las familias no tenían hilo a mano en la ocasión del estudio y otras cinco no tenían más que un carretel cada una. Las otras tenían dos o tres. Todas menos una tenían agujas, pero cinco no tenían más que una sola y todas excepto cuatro tenían menos de cinco. La mitad de las familias tenían dedales.

Doce de las familias poseían ganchos para colgar ropa, pero sólo una tenía cepillo de ropa. Tres tenían plumeros (de plumas). Menos de la mitad de las viviendas poseían un cepillo de raíz; como la mayoría de los pisos eran de tierra, se les barría con escoba.

En toda la vecindad, en la que casi todos los hombres y muchas de las mujeres fumaban, sólo había dos ceniceros. Pertenecían a las unidades 3 y 7, dos de las más adineradas de Panaderos, y sólo se usaban cuando había visita. De ordinario los cigarros se apagaban contra el suelo, al igual que en las otras doce viviendas.

La mitad de las familias tenían relojes despertadores o de pared. Ninguna de las más pobres tenía reloj, pero todas las más acomodadas sí. En la

unidad 7, la de mejor situación económica, el reloj de pared era una pieza cara y decorativa por la que habían pagado \$14.80 a plazos. Los relojes de las otras familias eran mucho menos valiosos. 185

La conciencia del tiempo y la puntualidad se estaban convirtiendo en un rasgo particularmente importante de la vida de estas familias. Las mujeres que no tenían reloj expresaban el deseo de poseer uno y frecuentemente preguntaban la hora a sus vecinas. La madre de la unidad 4, por ejemplo, dijo que necesitaba el reloj para alimentar a su bebé conforme al programa y mandar los niños a la escuela a tiempo. Cuatro de las familias que no tenían reloj tomaban la hora a través de sus radios; pero tres de ellas no tenían radio tampoco.

Sólo la mitad de las familias de Panaderos tenían petates,⁴ una de las posesiones esenciales en otro tiempo de los más pobres. Muchas de las familias habían dormido sobre petates en épocas pasadas, pero eso no era ya necesario para la mayoría de los vecinos de Panaderos, porque, si no tenían espacio en la cama, dormían en el suelo envueltos en frazadas o cobertores. Comúnmente, los petates se usaban como alfombras.

Todas las familias tenían cubos para agua, porque, con sólo dos llaves de agua en el centro del patio de Panaderos, toda el agua tenía que ser llevada a las viviendas. Las catorce familias poseían un total de cuarenta y tres cubos. Tinas para lavarse o bañar los niños eran también necesarias, y todas las viviendas menos una tenían alguna clase de tina. Había veintiuna en la vecindad, muchas de ellas bastante grandes. Por el contrario, menos de la mitad de las familias tenían palangana y sólo cuatro poseían palanganeros. En sólo tres de las catorce familias, una persona tenía cepillo de dientes.

No había lámparas de mesa eléctricas, sino sólo tres faroles, dos de gasolina y uno de kerosén. Los usaban para trabajar de noche los tres hombres de la vecindad que hacían trabajos de hojalatería frente a sus casas. El cuarto vecino que trabajaba de noche afuera había colgado un bombillo eléctrico sobre su mesa de trabajo.

No había más que una escalera en la vecindad y sólo un calentador eléctrico. Las trece familias que carecían de calentador no tenían manera de evitar la baja temperatura durante las noches frías, sino mediante el uso del fogón de la cocina.

Entre los objetos menos comunes existentes en la vecindad se contaban tres irrigadores, una jeringa y tres ojeros.

⁴ Esterilla de palma para dormir sobre ella (UTEHA). (N. del T.)

TABLA No. 3

**VALOR TOTAL (EN DOLARES U.S.A.) DE LOS BIENES MATERIALES
(INCLUYENDO LOS COMPRADOS, LOS REGALOS Y LOS OBJETOS HECHOS
EN CASA) DE LOS 14 HOGARES DE UNA VECINDAD DE LA
CIUDAD DE MEXICO, 1959**

CATEGORIA	H O G A R E S					
	1	2	3	4	5	6
Muebles	24.12	13.02	120.98	25.04	109.08	48.80
Utensilios domésticos	9.88	8.30	48.58	10.36	18.36	9.82
Enseres de cocina	13.26	4.52	28.11	12.50	28.32	5.84
Objetos religiosos	37.52	32.19	11.86	6.50	19.28	24.46
Adornos del hogar	3.39	7.13	8.08	.56	21.42	15.84
Ropa de cama	5.76	17.60	35.68	9.84	43.60	16.00
Ropa personal	24.64	28.30	198.64	64.00	87.36	161.20
Herramientas	0.00	6.08	0.00	64.64	71.54	13.22
Animales	0.00	0.00	.08	0.00	.64	0.00
Plantas	0.00	.80	.28	0.00	0.00	0.00
Atavío personal	.16	1.32	15.21	1.46	34.76	6.70
Juguetes	0.00	0.00	0.00	1.44	71.36	2.32
Medicamentos	2.40	0.00	0.00	.21	.08	0.00
Total	121.13	119.26	467.50	196.55	505.80	304.20

HOGARES

7	8	9	10	11	12	13	14
526.88	19.36	102.80	78.08	111.24	76.24	123.72	88.16
28.73	15.10	34.75	84.56	11.98	5.36	5.44	21.42
14.34	8.69	17.74	48.23	64.36	11.37	14.48	23.72
6.24	6.04	5.96	12.56	31.44	2.08	3.42	10.98
4.00	10.64	11.52	17.32	18.08	2.32	2.70	.96
38.16	49.20	15.14	14.40	24.56	2.75	13.04	26.40
140.34	205.96	33.94	88.56	61.04	25.42	69.96	167.16
134.38	0.00	20.84	0.00	0.00	0.00	14.68	11.68
0.00	.36	.46	.80	1.12	0.00	9.76	3.76
.96	0.00	0.00	0.00	6.72	0.00	1.28	1.92
24.48	39.16	3.28	8.48	1.36	1.26	0.00	1.80
17.14	9.00	16.44	0.00	0.00	1.20	14.64	0.00
1.13	.60	5.84	0.00	0.00	0.00	0.00	0.00
936.78	364.11	268.71	352.99	331.90	128.00	273.12	357.96

188 Las familias de mejor posición no sólo poseían más objetos de esta categoría (165 piezas las siete más acomodadas contra 104 de las siete más pobres), sino también mayor variedad de ellos. La familia 5, por ejemplo, segunda en total general de compras, poseía cuando menos un artículo en más de dos tercios de las cuarenta y seis variedades de equipo doméstico encontradas en la vecindad. En cambio, la familia 2, decimotercera en compras totales, sólo tenía dieciocho de los cuarenta y seis tipos de artículos (39.1 por ciento). Esta familia no tenía palitos de tendedera, tina, tijeras dedal, sacos para guardar cosas, cenicero, palangana, cepillo de raíz, de ropa, de dientes, y no digamos máquina de coser o reloj.

Excepto planchas y máquinas de coser, la gran mayoría de los objetos de esta categoría se compraban nuevos al contado, cualquiera que fuese la pobreza relativa de las familias. De los 269 renglones, 225 se compraban nuevos (83.6 por ciento). Las razones eran obvias, hasta cierto punto: lo difícil que sería comprar de uso ciertos artículos como escobas, palitos de tendederas y cepillos de dientes (en caso de que se desearan) y el comparativamente pequeño desembolso que su adquisición requería. No obstante, las familias mejor situadas tendían a comprar nuevas más cosas de esta categoría que de las otras, habiendo sido comprado todo nuevo al contado en algunos casos. En el otro extremo de la escala, una familia (la 12) se veía obligada a comprar de segunda mano toda la habitación doméstica.

Aunque los utensilios domésticos habían sido comprados en cuarenta y dos lugares diferentes, una vez más la adquisición se concentraba en los mercados y la vecindad. De los artículos nuevos, 44.4 por ciento se compró en mercados y plazas, más de la mitad de ese porcentaje en el de Tepito. Dieciséis de los cuarenta artículos de segunda mano se compraron también en Tepito (40 por ciento). Los objetos nuevos comprados dentro de la vecindad representan poco más del 20 por ciento del total. Más del 40 por ciento de los bienes de uso se compraron en Panaderos a residentes cercanos o vendedores, vecinos también por lo general.

Los útiles para el hogar no constituían regalos populares en la vecindad. Sólo diecisiete de tales obsequios figuraban en los inventarios, catorce de ellos entre familiares o comadres.

El período de uso de los artículos domésticos era corto. En algunos casos esto se debía al carácter perecedero del objeto, pero más a menudo era a causa de rotura o pérdida y, a veces, de empeño o venta. Por término medio, el equipo doméstico sólo estaba dos años en poder de las familias de Panaderos. La ropa de cama era la quinta en valor de compra entre las catorce familias de Panaderos y representaba el 6.8 por ciento del total. Todas las familias

tenían sábanas, almohadas y una o más frazadas o cobertores. Pero como cobertores y frazadas eran caros, con un costo de \$3.20 a \$16.00 cada uno, sólo en las viviendas más adineradas (como la 5) se encontraron hasta trece piezas de ropa de cama. La familia 5 pagó \$40.40 por sus artículos de cama y fue la segunda en compras de esa categoría. La familia 8, primera en tales compras, gastó \$47.84 en ropa de cama; pero sólo tenía dos frazadas, tres cobertores y tres sábanas, aparte de dos almohadas y tres sábanas confeccionadas en casa. Las frazadas habían costado \$16.00 cada una, lo que explica el alto desembolso en relativamente pocos artículos.

La vivienda 7 gastó \$37.44 en ropa de cama, incluyendo \$14.00 en una sobrecama de seda, única en la vecindad. La unidad 3 fue la cuarta en desembolsos para ropa de cama. Esta familia gastó \$31.04 en esta categoría, principalmente en cuatro frazadas, cuatro cobertores, cuatro almohadas y seis fundas. Había hecho también seis sábanas, lo que le daba un total de treinta prendas de cama, el más alto de la vecindad.

Las unidades 3, 5, 7 y 8 daban cuenta de \$156.72 del total de \$279.11 gastado en ropa de cama, o sea el 56 por ciento. Las cincuenta y tres prendas de cama que habían adquirido fueron compradas nuevas, de ellas el 70.6 por ciento a plazos. Las otras tres familias de Panaderos de mejor situación económica presentaban un cuadro similar en esta categoría.

Las familias de más bajo ingreso solían comprar nueva también la ropa de cama, pero adquirían artículos más baratos y confeccionaban a mano más ropa de cama que las familias de más alto ingreso. Al igual que éstas, las familias más pobres compraban a plazos la ropa de cama más cara. De los \$41.72 pagados por las siete familias de posición más baja por su ropa de cama, \$25.60 (el 61.3 por ciento) fue en compras a plazos.

El sitio más popular para la compra de ropa de cama era la vecindad misma. Treinta y seis de los 121 artículos nuevos (29.8 por ciento) habían sido comprados en Panaderos. Un quinto de la ropa de cama nueva procedía del mercado de Tepito, donde se había mercado también toda la ropa de cama de segunda mano. Los otros mercados sólo daban razón del 17 por ciento de las compras de prendas de cama nuevas. Los residentes en Panaderos hacían algún uso del distrito comercial de la ciudad para adquirir ropas de cama, habiendo comprado uno de cada seis artículos en una tienda del centro de la ciudad.

Setenta piezas de ropa de cama fueron hechas en la casa. Estas confecciones incluían almohadas, sábanas, fundas, colchas, sobrecamas, sarapes y cojines, así como también cortinas. Once de las catorce familias de la vecindad tenían

190 algunas de estas piezas a mano y todas habían sido hechas en casa. Las sábanas eran la costura más popular y sumaban treinta y ocho entre los setenta confecciones a mano (54.3 por ciento). Diez de las catorce viviendas tenían en sus camas sábanas hechas en casa y en nueve de estos casos eran las únicas sábanas que tenían. Dos tercios de estas familias se encontraban entre las de más baja posición.

Aunque las familias de más alta posición seguían también la costumbre de hacer ropa de cama en casa, sábanas particularmente, las siete más pobres daban razón del 68.6 por ciento de los artículos de esta categoría hechos en casa.

Excepto algunas colchas de franela y sobrecamas y sarapes de algodón, la ropa de cama era de «manta», tela de algodón muy barata. Con este material se hacen los sacos de harina de trigo, y las mujeres de la vecindad o bien compraban sacos de harina o bien los adquirirían vacíos sin costo alguno de amigos y familiares, o bien los compraban baratísimos a los vendedores. Cuatro sacos de manta daban una sábana de tamaño corriente.

Rara vez se hacían obsequios de ropa de cama dentro de la vecindad. Sólo cuatro de tales donaciones estaban anotadas: dos hechas por amigos, una por la nuera de una mujer y otra por la hija de una mujer.

Con excepciones menores, la ropa de cama era reemplazada con bastante frecuencia por las familias, generalmente a causa del desgaste, pero a veces también por venta. El tiempo de posesión medio de todos los artículos de esta categoría era de sólo 1.7 años.

La inversión de las catorce familias en equipo de cocina variaba de 0.8 a 17.8 por ciento de sus desembolsos totales en cultura material. En términos de dinero, variaba de 2.72 (unidad 6) a \$42.63 (unidad 10). En enseres de cocina se habían gastado \$230.36, el 5.6 por ciento del total.

En términos generales, las familias más adineradas invertían más en equipo de cocina que las pobres, pero habían algunas excepciones notables, particularmente la familia 8, que sólo había gastado \$3.48 (1.0 por ciento de su inversión total) en utensilios de cocina, y la 7, con un desembolso de sólo 0.8 por ciento (\$7.70) en estas necesidades. En valor de compra, la familia 7 era la décima y la 8 la duodécima en esta categoría, aunque en compras de todas las categorías eran, respectivamente, la primera y la cuarta.

Los fogones eran el principal mueble de cocina en términos de dinero, representando el 17.5 por ciento del valor del total comprado. Cada familia tenía algo en que cocinar, pero las más pobres tenían que depender de los tradicionales braseros y «comales», discos de barro que se colocan sobre carbón en el piso. La familia 1 tenía un brasero de segunda mano, que le había sido regalado por un vecino. La 2 sólo tenía un comal hecho en casa, el cual, apoyado en tres piedras, constituía el fogón en que se hacía la comida, tortillas de maíz principalmente. La familia 6 tenía dos hornillas de carbón por las que había pagado \$0.96. La 3 tenía un comal, pero también una hornilla de kerosén. Las restantes familias tenían fogones u hornillas de kerosén cuyo valor fluctuaba entre \$0.40 y \$15.60.

Dos familias (11 y 12) tenían dos fogones cada una, a fin de disponer de más quemadores a la hora de cocinar. La 11 había pagado \$8.00 por sus dos fogones ambos comprados nuevos diez y cinco años antes del estudio), mientras que la 12 sólo invirtió \$4.24 en un fogón de dos hornillas y uno de una. Habían sido comprados ocho meses y dos años antes del estudio.

La mayoría de los fogones se habían comprado nuevos al contado, por lo regular en el mercado de Tepito o el de La Lagunilla. Uno se compró a plazos en el distrito comercial; dos eran de segunda mano y se habían comprado en la vecindad. Tres familias habían recibido regalos de hornillas, dos de uso y una nueva. Las de uso habían sido regaladas por una hija (unidad 3) y una madre (unidad 8); la hornilla nueva le fue dada a la familia 7 por el PRI (el partido político mexicano en el poder), como recompensa por la ayuda prestada durante las elecciones presidenciales de 1958.

Había dos insertos de cocina que todas las familias de la vecindad tenían: ollas y cucharas. Las primeras, de barro, se usaban para cocinar todo alimento que no se asara. Cada familia tenía varias ollas de diferentes tamaños para cocinar y guardar alimentos, y hasta la más pobre (la 1) tenía quince diferentes tamaños y formas de estos utensilios. Las ollas eran relativamente baratas (costaban desde cincuenta centavos mexicanos las más pequeñas hasta diez pesos las más grandes) y casi siempre se compraban nuevas en alguno de los mercados, a menudo el de Tepito.

Algunas de las familias más adineradas tenían menos ollas que muchas de las más pobres, lo que no se debía a falta de fondos sino, al parecer, a un abandono parcial de la tradición culinaria. Por ejemplo, una familia (la 3) tenía ocho ollas de barro, pero las completaba con cuatro de aluminio. La familia 5 también tenía una olla de aluminio, siendo estas dos familias las únicas de Panaderos que poseían vasijas de ese metal para cocinar, aunque cinco tenían marmitas de cobre.

192 Todas las familias menos dos tenían cazuelas de barro: vasijas de boca ancha diferentes de las ollas, que son de boca estrecha. Las cazuelas, generalmente, costaban algo más que las ollas; por consiguiente, entre doce familias sólo se distribuían sesenta y una (promedio: 5.1), en comparación con 122 ollas, un promedio de 8.7 para cada una de las catorce familias. Cuatro viviendas tenían cacerolas con mango.

Doce familias poseían sartenes, nueve de ellas más de uno. Las dos familias sin sartén freían en un comal.

La mayoría de los alimentos sólidos se comían con los dedos, a menudo con ayuda de una tortilla para envolver el alimento o a modo de cuchara. Sólo dos familias tenían tenedores (cuatro cada una) y siete poseían cuchillos de mesa. Las que carecían de tales cuchillos tenían uno o más cuchillos de cocina para cortar carne, frutas u hortalizas. Cada familia tenía por lo menos cuatro cucharas, que se usaban para cocinar y tomar sopas, y una familia (la 5) tenía cincuenta. La familia promedio en la vecindad poseía catorce cucharas.

Las diversas clases de vasijas para beber incluía desde los jarros tradicionales (vasijas de barro con asa) hasta vasos de cristal decorados. Siete de las catorce familias tenían jarros, y todas menos una eran dueñas de vasos de cristal corrientes. El número de vasos variaba entre las familias de cero (la 9) a setenta y seis (la 14). La algo exorbitante acumulación de vasos se circunscribía a unas pocas de las familias de mejor posición. Aparte de los setenta y seis vasos de la familia 14, la 7 tenía sesenta, la 11 cincuenta y ocho y la 10 cincuenta y seis. Estas cuatro familias daban razón de 250 de los 340 vasos de la vecindad (73.5 por ciento), con un valor de \$27.48. De esta cantidad, \$18.80 (68.4 por ciento) estaban representados por regalos principalmente en la familia 11, donde el hijo había regalado a su mamá \$16.00 en vasos decorados en distintos Días de las Madres.

Los vasos comprados por las familias no lo eran siempre con tal carácter. Muchos de ellos —fue imposible determinar su número— habían sido comprados como lámparas votivas y habían sido relegados a usos más mundanos cuando sus velas se consumieron.

Cuatro familias, todas del grupo más acomodado, poseían vasitos y copas para licores. La mitad de las viviendas tenían tazas de loza, siendo, generalmente, las que no tenían jarros. La familia 1, por ejemplo, no tenía ninguna taza de loza, pero sí veinticinco jarros. Cinco familias tenían cafeteras y ocho, «coladeras» (coladores).

La mitad de las familias tenían jarras para contener y servir líquidos, como agua, leche y pulque. Este último es una bebida alcohólica suave que se hace con jugo de maguey fermentado. La familia 2 tenía un recipiente especial para el pulque. Cuatro familias poseían damajuanas para guardar pulque o «chinchol».⁵

Todas las familias menos una tenían «molcajete», mortero para machacar ajíes y otras especias. Sin embargo, otro tradicional utensilio mexicano de cocina, el metate o piedra para moler, sólo se encontró en seis de las viviendas. Cuatro tenían «molinillos», batidores para hacer un chocolate espumoso. Entre los objetos poseídos por una sola familia se contaban un prensador para hacer tortillas de maíz, una tabla para picar, una salsera y una mantequillera.

Los platos de todas las familias eran de loza barata, de barro o de hojalata esmaltada. Una familia (la 10) tenía un juego de platos de loza, de seis piezas, que había comprado catorce años antes por \$10.80. Pero los platos de hojalata esmaltada eran los más populares, por baratos (de ocho a dieciséis centavos) e irrompible.

Cinco de las familias tenían «charolas», bandejas para servir bebidas y refrescos, la mayoría de ellas recibidas como obsequios. En realidad, muchos de los objetos insólitos existentes en la viviendas había sido regalos. Por ejemplo, a la mujer de la vivienda 3 le habían regalado una charola y seis vasitos, dos cacerolas de aluminio grandes y seis vasos de aluminio decorados como presentes de sus hijas por el Día de las Madres. Los vasos de aluminio eran los únicos en la vecindad. La de la vivienda No. 5 recibió seis vasitos, un plato de caramelos y un especiero por el Día de las Madres. En total, 188 objetos como vasos y bandejas habían sido dados como regalo. Setenta y uno de éstos eran de hijas e hijos a sus progenitoras, generalmente con motivo del Día de las Madres. Los regalos entre hermanas venían después en importancia, habiendo cambiado de dueño de este modo treinta y cinco artículos. Significativamente, los esposos no dieron a sus esposas ni un solo artículo de esta categoría en calidad de regalo.

Cinco familias tenían latoneas de basura, cuatro tenían saleros de mesa, tres poseían tapas para cazuelas y dos poseían «aventadores», abanicos o especie de esteras redondas que los pobres usan para aventar el fuego; dos también poseían azucareras y «portaviandas» (cantinas).

⁵ Chinchol es la marca registrada de un insecticida. Este nombre fue dado por extensión a la bebida resultante de la mezcla de alcohol con hojas de naranja, menta y prodigiosa.

194 Casi el 90 por ciento de los utensilios de cocina se habían comprado nuevos, siendo los de uso, por lo general, de naturaleza duradera. Por ejemplo, la familia 3 compró utensilios de cocina nuevos por valor de \$16.01, mientras que sólo gastó \$2.78 en artículos de segunda mano. Estos últimos consistían en una cacerola de aluminio grande, tres tazas de hojalata y dos de aluminio, una marmita de hojalata grande, un sartén de aluminio grande y un cuchillo de cocina. De segunda mano compraron también dos jarras de cristal. Cuatro de estos objetos se compraron en la vecindad, tres en el mercado de Tepito y otros cuatro en la Plaza Morelos.

Tres cuartas partes de los utensilios de cocina habían sido comprados en mercados. Más de la mitad procedía del área inmediata a Panaderos, bien en la vecindad misma, bien en los mercados de Tepito o de Morelos. Tepito por sí solo daba razón del 21.7 por ciento de los objetos de esta categoría comprados nuevos. El mercado de La Merced era también una fuente popular de utensilios de cocina, habiéndose comprado allí el 17.5 por ciento del total. Todos los utensilios de cocina de segunda mano se adquirieron en la colonia: diez dentro de la vecindad, trece en Tepito y tres en la plaza Morelos.

Pese a la naturaleza frágil de objetos tales como ollas, vasos y tazas, el tiempo de posesión del equipo de cocina no era notablemente breve, al menos comparado con el de algunas de las otras categorías. Los objetos de cocina permanecían en posesión de sus dueños un promedio de 2.5 años, más que la ropa, las joyas, la ropa de cama y los útiles para el hogar. En cambio, dicho promedio era muy inferior al de los muebles, los ornamentos domésticos, las herramientas y los objetos religiosos.

Dentro de la vecindad de Panaderos, 147 imágenes de santos católicos adornaban las paredes de las pequeñas viviendas, lo que da un promedio de más de diez por apartamento. El número de santos variaban de tres (unidad 12) a veintitrés (unidad 2). Estaban representadas cuarenta y seis imágenes y escenas bíblicas diferentes, siendo la más común la Virgen de Guadalupe, patrona de México (y de las Américas), que aparecía en todas menos una de las viviendas (la 3) un total de veinticuatro veces.

La Virgen de San Juan de los Lagos estaba representada dieciocho veces; el Corazón de Jesús, once veces; la Virgen del Sagrado Corazón, nueve veces, al igual que San Martín de Porres; la Virgen María aparecía (como tal) seis veces; el Señor de Chalma y la Virgen del Perpetuo Socorro estaban en cinco cuadros; el Señor del Huerto, el Niño de Atocha y la Virgen

Dolorosa estaban representados cuatro veces; tres familias tenían a San Ramón Nonato y la Sagrada Familia; San Francisco, el Divino Pastor, la Divina Providencia, el Sagrado Corazón y la Virgen del Carmen aparecían dos veces cada uno, al igual que la Última Cena. La Natividad estaba en una vivienda.⁶

Estas imágenes representaban un valor de \$210.52, de los que \$107.91 habían sido gastados por las familias y \$102.46 vinieron como regalos.

Como antes se dijo, cada vivienda tenía un altar, adornado con flores en floreros en cuatro casas, con luces de altar en dos y con velas benditas en siete. El altar de la familia 14 tenía un paño.

Había también altares decorados con figuritas del Niño Jesús (en siete viviendas), San José (en tres), la Virgen María (en tres), la Virgen y el Niño (en una) y Jesucristo (en siete).

Otros objetos religiosos encontrados en la vecindad incluían rosarios (seis en dos casas), «doctrinas de confirmación» y velas de confirmación (en la misma vivienda).

Los objetos religiosos representaban el 2.6 por ciento de todas las compras, con una variación de 0.4 por ciento (familia 7) a 25.9 por ciento (familia 1). La familia 1, que no era más que la novena en cualquiera de las otras categorías y la última en valor total de compras, era la primera en valor total de objetos religiosos.

Las familias más pobres tendían a gastar mayor parte de sus ingresos en objetos religiosos y a recibir más de ellos como regalo. Las familias 1 y 2, las más pobres de la vecindad, gastaban casi tanto en tales objetos como en muebles (21.37 contra \$27.32) y el valor total de sus pertenencias religiosas, incluidos los regalos, excedía en mucho el de sus muebles (\$69.71 contra \$37.14). El 29 por ciento de los bienes materiales de estas dos familias estaba representado por imágenes y objetos religiosos. En conjunto poseían treinta y siete cuadros de santos, además de figuritas, calendarios y velas.

En contraste con estas dos pobrísimas familias, las más adineradas (5 y 7) gastaban alrededor de treinta veces más en muebles que en objetos re-

⁶ Los santos que aparecían en una sola familia eran: la Virgen del Rayo, el Espíritu Santo, la Virgen de la Soledad, el Ángel de la Guarda, la Virgen del Gran Duque, el Divino Rostro, el Señor de la Soledad, el Señor de la Cañita, la Virgen de la Covadonga, Santa Elena, Jesús y los Niños, la Sagrada Trinidad, San Antonio de Padua, San José, Cristo Rey, la Virgen de los Remedios, la Virgen de Fátima, la Virgen del Buen Consejo, San Miguel del Milagro, el Niño de las Canicas, la Virgen de Lupe Veladora y San Martín Caballero. Las últimas nueve estampas, así como las dos de la Virgen del Carmen y el Sagrado Corazón, se encontraron en la familia 2.

196 ligiosos (\$628.56 contra \$18.16) Estos sólo representaban el 1.8 por ciento de los bienes materiales de dichas dos familias.

Casi sin excepción, los objetos religiosos se compraban nuevos. En sólo dos familias (1 y 14) se encontraron objetos religiosos de segunda mano y eso sólo en cuatro casos. En otros pocos casos, los objetos religiosos se habían recibido de manos de familiares, principalmente de madres a hijas.

Muchos de los cuadros de santos de la vecindad habían sido comprados a vendedores ambulantes, a quienes se hacía más de la cuarta parte de las compras religiosas. Otro tercio de los objetos de esta categoría se había comprado en mercados, principalmente el de Tepito, y el resto procedía de iglesias, peregrinaciones, tiendas, amistades y vecinos.

Los regalos de objetos religiosos eran muy estimados por muchas familias, particularmente como símbolos del vínculo con padrinos. Veintinueve de tales objetos habían sido intercambiados entre los compadres de la vecindad. Hijos e hijas regalaban en ocasiones imágenes de santos a sus padres, pero las hermanas, que solían intercambiarse otros regalos, no se obsequiaban objetos religiosos.

Significativamente, estos objetos eran retenidos más tiempo que cualquier otro tipo de bienes materiales. El tiempo medio de posesión en esta categoría era poco más de cinco años, lo que era notable en esa vecindad. Unos pocos cuadros heredados eran considerados casi como un legado inapreciable y se les tenía en gran estima.

Las viviendas de Panaderos estaban adornadas de tres modos principales: con los citados cuadros de santos, con calendarios (a menudo con motivos religiosos también) y con fotografías de la familia. Los calendarios eran recibidos de las casas de comercio como propaganda y rara vez se los compraba. Se los usaba para llevar la cuenta de los días y los meses, pero su principal atracción residía en las policromas escenas que presentaban. Cuatro familias no tenían calendarios, pero en las diez restantes había treinta y seis adornando la paredes.

Excepto una vivienda (la 4), todas las familias tenían al menos una fotografía de un miembro de ella, generalmente puesta en un marco y a menudo en color. Seis de las viviendas tenían diez o más fotos colgando de la pared. Eran 102 en toda la vecindad, lo que da un promedio de más de siete por familia. Los vecinos de Panaderos habían gastado un total de \$82.38 en tales fotografías, casi el 90 por ciento de los gastos en esta categoría.

Sólo esporádicamente se encontraron otros adornos en las viviendas. Dos de ellas tenían vasos y maceteros pintados y cinco poseían figuritas de animales de cerámica. Sólo una familia, la 5, tenía adornos de Navidad, que consistían en siete ornamentos y cinco farolitos de árbol pascual y las figuras de un pastor y una vaca para un retablo de Belén. Una familia tenía cuadros de acontecimientos históricos; otra tenía en un marco el retrato de un ex presidente de la república, y una tercera adornaba su pared con una pintura de flores. Los adornos se conservaban un promedio de 3.5 años, aunque muchas fotografías databan de quince o veinte años atrás.

Las joyas, incluidos los relojes-pulseras, representaban el 3.1 por ciento del valor de todos los artículos comprados por las catorce familias. El total ascendía a \$126.32, todo virtualmente invertido en objetos nuevos. Los relojes y medallas daban razón del 80.9 por ciento del importe de todas las joyas. Cuatro familias poseían un total de cinco relojes de muñeca, con un valor de \$71.60, o sea el 56.7 por ciento del total. Las familias que poseían tales relojes (5, 7, 8 y 10) formaban parte del grupo más adinerado. Tres relojes se habían comprado a plazos y los otros dos al contado; uno de ellos por sólo \$0.96 cuando un vecino de Panaderos necesitó urgentemente dinero.

Las medallas religiosas, el siguiente artículo de esta categoría más comprado, se distribuían también entre las familias más acomodadas, con la excepción de la unidad 2, que compró un crucifijo de «plata» por \$0.96 durante una peregrinación a Chalma. La familia 10 recibió una medalla como regalo; la 8 compró otra por \$5.60 al contado; la 3 compró una a plazos por \$8.00 y recibió una barata como obsequio; y la 7, la más adinerada, pagó \$16.00 al contado por una cadena de oro y una medalla de la Virgen del Sagrado Corazón. Estas familias gastaron \$30.56 en tales compras, el 24.2 por ciento del total.

Veinticinco sortijas se distribuían entre nueve familias. Diecinueve de ellas pertenecían a las familias más adineradas, y de las siete familias menos favorecidas, sólo dos poseían sortijas. La familia 4 tenía tres que había recibido como regalos, una de una hija y las otras dos de una madrina. Las tres sortijas sólo valían alrededor de \$0.56. Los anillos de la familia 2 también eran regalados y su valor se calculó en aproximadamente la misma cantidad.

Las joyas para mujeres eran notablemente escasas en la vecindad de Panaderos. Aunque ocho familias poseían veinte pares de aretes, nadie poseía un collar, un brazalete o un broche.

Las joyas, fácilmente convertibles en dinero, eran la categoría con menor tiempo de posesión: sólo 9.8 meses.

198 Los juguetes equivalían al 3.0 por ciento de todas las compras, pero su distribución estaba limitada a sólo siete familias con niños. La familia 5 tenía \$70.00 invertidos en juguetes, el 57.6 por ciento del total; pero este dinero se gastó en dos bicicletas, una de las cuales se compró por \$64.00, a plazos de \$4.80 al mes. La otra costó \$6.00 al contado, pero no tenía gomas. La bicicleta buena había sido comprada por el cabeza de familia para su hijo el Día de Reyes, pero también era alquilada a los muchachos de los alrededores.

La familia 7, la más opulenta de Panaderos, había comprado \$16.58 en juguetes para sus cuatro niños. Contaban entre ellos un velocípedo, carritos, un aro, dos pelotas de goma, una tabla de planchar diminuta, dos muñecas, una suiza, muebles y platos para casas de muñecas y dos pares de guantes de boxeo. Todo había sido comprado nuevo, excepto el velocípedo.

Otros dos triciclos, uno nuevo y otro de segunda mano, habían sido comprados, respectivamente, por las familias 9 y 13. Los otros juguetes eran: muñecas, pelotas, pistolas, soldaditos de plomo y la usual miscelánea de objetos. De los cuarenta y un juguetes existentes en Panaderos, treinta y seis habían sido comprados nuevos (87.8 por ciento).

Los animales, las plantas y los medicamentos, las tres últimas categorías, representaban menos del 1 por ciento del valor de compra total. Las familias de Panaderos habían gastado \$15.94 en animales, \$10.20 en plantas y \$7.76 en medicinas.

El resumen, del antes expuesto estudio debería ser evidente que, aunque los pobres pueden parecer muy similares al investigador superficial, existen multitud de diferencias sociales y económicas dentro de un grupo cualquiera. Además, las diferencias en valor de sus posesiones son algo mayores que las que existen entre sus ingresos. Quizás se ilustre esto mejor comparando a las tres familias más pobres de la vecindad con las tres más adineradas en cuanto al valor total de sus compras. Las familias que habían adquirido la menor cantidad de bienes materiales vivían en las unidades 1, 2 y 12. El valor total de los bienes comprados que estaban en poder de ellas en la época del estudio ascendía a \$250.55, menos de \$100 por familia. Los núcleos familiares de más alta posición, 3, 5 y 7, poseían bienes por valor de \$1 754.46, casi siete veces exactas el valor de los objetos comprados por las familias de posición más baja.

La diferencia más notable se encuentra en las compras de mueble y ropa, en las que las familias 1, 2 y 12 invirtieron \$149.49, frente a los \$1 093.92 gastados por las familias 3, 5 y 7 en dichas dos categorías.

La mejor situación económica de las familias de alto rango les permitía **199** invertir mucho más en bienes esenciales, específicamente herramientas y avíos. Estas casas poseían \$202.50 en herramientas y materiales para la producción mercantil de objetos como botellones diminutos. Compárese dicha suma con la infima cantidad de \$2.12 invertida por las familias más pobres, casi la centésima parte de lo gastado por los núcleos familiares de más alta posición, 3, 5 y 7.

Como era de esperar, era grande también la diferencia entre las cantidades gastadas por estos dos grupos en joyas (incluidos los relojes de pulsera). Las familias de más bajo ingreso sólo compraron joyas por valor de \$2.38, frente a los \$71.97 que gastaron en lo mismo las tres familias de más alta posición. Nadie de las familias de bajo rango poseía un reloj, mientras que cuatro personas de las viviendas de alta posición los tenían.

El mismo esquema de inversión puede encontrarse en otra categoría no esencial: la de los juguetes. Sólo una familia de las tres más bajas, la 12, había gastado algo en juguetes, invirtiendo la suma de \$13.68. Las familias de alto rango, en cambio, gastaron en juguetes más de seis veces esa cantidad (\$86.58), pese al hecho de que una de estas familias, la 3, no poseía juguete alguno, porque el único menor del núcleo era una muchachita de trece años.

La diferenciación típica en la compra de bienes materiales se manifestó en todas las categorías, menos una. La única clase de bienes en que las familias de posición inferior invirtieron más que las de rango superior fue la de los objetos religiosos. Aunque la diferencia en desembolso monetario no fue significativa (\$23.45 las familias 1, 2 y 12 contra \$21.78 las de las viviendas 3, 5 y 7), el porcentaje de desembolso total para objetos religiosos da mayor relieve a la excepción. Las familias más pobres invirtieron casi el 14 por ciento de su dinero en artículos de religión, mientras que las más adineradas sólo gastaron en lo mismo poco más del 1 por ciento de sus desembolsos totales. Más de la cuarta parte de la inversión total de la familia más pobre se empleó en objetos de naturaleza religiosa, mientras que la más acomodada dedicó el 0.004 por ciento al mismo tipo de compra.

Por añadidura, como indica la tabla No. 4, los objetos religiosos son, entre todas las categorías, los que más tiempo se conservan, lo que indica el decisivo papel de la religión en la vida de estas personas. Es casi como si tales objetos fueran los únicos que los pobres retienen lo bastante para identificarse con ellos. Pero incluso el tiempo medio de posesión de objetos religiosos, 5.07 años, es breve cuando se compara con el relativamente estable promedio de residencia en la vecindad: 15 años. La relativa ausencia de bienes heredados es notable porque refleja la actual orientación de esta

200 gente. En verdad, es tan poco lo que pasa de una generación a otra que ello indica una ausencia de tradición entre las gentes más pobres.

NUMERO DE OBJETOS (EN 14 VIVIENDAS), CLASIFICADOS POR CATEGORIAS Y TIEMPO MEDIO DE POSESION. PANADEROS, 1960

Categoría de objetos	Número de objetos	Tiempo medio de posesión
Objetos religiosos	118	5.07 años
Herramientas	138	5.05 „
Muebles	223	4.5 „
Adornos del hogar	121	3.5 „
Enseres de cocina	963	2.5 „
Utensilios domésticos	154	2.07 „
Ropa de cama	116	1.7 „
Ropa personal	767	9.9 meses
Joyas	43	9.8 „

Es interesante observar que no fueron necesariamente las familias más pobres las que más regalos recibieron, aunque una proporción significativa de los bienes que poseían eran obsequios. Las tres familias de más alta posición recibieron tantos regalos (catalogados por valor) como las de más bajo rango. En términos estadísticos, por supuesto, el valor aproximado de \$108.00 de los regalos en poder de las familias 1, 2 y 12 es mucho más importante para el análisis económico global, porque esa cantidad representaba casi un tercio del valor de todos los bienes que dichas familias poseían. En comparación, ese mismo valor en regalos sólo era poco más de la vigésima parte del valor de todos los bienes de las familias 3, 5 y 7.

Es también en la categoría de los objetos religiosos donde discernimos una diferencia notable entre la cultura material de las familias más pobres y las más adineradas. Casi la mitad del valor de los regalos en poder de las tres familias más empobrecidas estaba constituida por imágenes de «santos» y otros objetos religiosos, frente a menos del 15 por ciento entre las familias más acomodadas.

A primera vista parecería lógico que las familias más pobres de la ve-
cindad, de más limitado poder de compra, tendieran a confeccionar ellas
mismas más cosas que los núcleos más adinerados. Puede verse fácilmente
que no era este el caso cuando se sabe cuáles objetos solían ser hechos en
casa. La ropa era, por mucho, el artículo de confección casera más popular,
y como quiera que se hace mejor con la ayuda de una máquina de coser,
comprendemos en seguida por qué las familias de más alta posición confe-
ccionaron ropas cuyo valor estimado era cinco veces más alto que el de las
confecciones de las familias de posición más baja.

Los núcleos más pobres mostraban mayor tendencia a comprar de segunda
mano que sus vecinos mejor situados. Por cada tres artículos nuevos que
compraban las familias de más baja posición compraban uno de uso. Dicho
de otro modo, alrededor del 25 por ciento de todo lo que se compraba era de
segunda mano. Pero entre las familias de mejor posición, sólo uno de cada
quince objetos se adquiría de uso.

Como estas cifras incluyen artículos tan baratos como tazas y platillos, ade-
más de mercancías de más alto precio, parece más ilustrativo que exami-
nemos una categoría relativamente costosa, como la de los muebles, para
apreciar la diferencia entre los hábitos de compra de los dos grupos. Entre
las familias 1, 2 y 12, el 78.6 por ciento de los muebles se habían comprado
de uso. Por notable contraste, las familias 3, 5 y 7 compraron el 76.7 por
ciento de sus muebles *nuevos*. Así, pues, la norma se invierte casi exacta-
mente en los dos grupos que consideramos. Tres de cada cuatro piezas de
mobiliario en poder de las familias más pobres habían sido compradas de
uso; tres de cada cuatro adquiridas por los núcleos más acomodados se
habían comprado nuevas.

Es también notable la diferencia cuantitativa, a la vez que cualitativa, entre
las pertenencias de las viviendas de alta y baja posición. Pese al tamaño si-
milar de las unidades residenciales (área física), las familias más adineradas
compraron aproximadamente tres veces más bienes materiales que las más
pobres. Por ejemplo, las unidades 1, 2 y 12 compraron veintiocho piezas de
mobiliario, contra cuarenta y tres de las unidades 3, 5 y 7. El primer grupo
de familias compró cincuenta y una prendas de vestir; el segundo, 293. El
primero, quince piezas de ropa de cama; el segundo, cuarenta y cinco. La
tendencia se invierte, como ya se observó, sólo en cuanto a los objetos reli-
giosos: las familias más pobres compraron treinta artículos de esta categoría;
las más adineradas, sólo diecisiete.

Por último, es interesante observar la procedencia de los diversos objetos;
es decir, dónde fueron comprados. Tuve al comienzo la impresión de que

202 la vida de esta gente era en extremo provinciana, que rara vez se alejaban de sus reducidos alrededores. Pero el análisis de sus posesiones muestra que éstas procedían de cuarenta y tres mercados o localidades, algunas de ellas muy distantes de la ciudad. Por tanto, el estudio sugiere más movimiento y contacto con diferentes partes de la ciudad que el que yo habría supuesto sobre la base de mis otros datos. Sin embargo, el 85.5 por ciento de las compras se hicieron dentro de un radio de menos de una milla de la vecindad. Estos datos confirman los hallazgos generales de otros estudios; por ejemplo, en las familias de más bajo ingreso encontramos la más alta proporción de compra de objetos religiosos. Otros análisis como el presente, correlacionados con otros estudios, esclarecerán aún más, sin duda, algunas de nuestras teorías acerca de los pobres.

Mayo 1969



